

## LOS INTELLECTUALES VALENCIANOS Y LA CULTURA BRITÁNICA DEL SIGLO XVIII \*

*Mónica Bolufer Peruga*

Universitat de València

### I. INTRODUCCIÓN. INGLATERRA Y ESPAÑA EN EL SIGLO DE LAS LUCES: PRESENCIA E INFLUENCIA CULTURAL

Los estudios sobre la cultura española del XVIII vienen destacando desde hace décadas la pluralidad de las influencias europeas, no reductible al influjo francés con el que durante mucho tiempo se identificó de forma exclusiva el Siglo de las Luces. Se reconoce así la importancia de los vínculos que en los ámbitos del pensamiento, las ciencias, las artes, los hábitos y costumbres sostuvo la Ilustración española con Italia, el mundo alemán o Gran Bretaña. Entre otros autores, Sánchez-Blanco ha reivindicado la influencia británica: “Se vive a la moda francesa pero se piensa a la inglesa (...): en el terreno del pensamiento –ya fuera el filosófico, ya fuera el político o el económico–, en España, como en el resto de Europa, el punto de referencia era Inglaterra y no Francia”; “no es exagerado afirmar que, hacia mitad de siglo, la anglomanía invade también España a pesar de las tensiones que pudieran existir en el terreno de la política internacional”.<sup>1</sup> Aunque la anterior afirmación pueda resultar un tanto excesiva, es cierto que la producción científica, filosófica y literaria inglesa fue conocida en España en muchas de sus manifestaciones, bien directamente o a través de versiones francesas, y algunas obras fueron traducidas al castellano. En el terreno filosófico, el empirismo de Francis Bacon o Robert Boyle ejerció gran influencia sobre los *novatores* a finales del siglo XVII, y en particular la epistemología de Locke se convirtió en tema de discusión y bandera de

\* El presente estudio se enmarca dentro del proyecto de investigación titulado “La proyección europea de los ilustrados valencianos”, subvencionado por el *Plan valenciano de investigación científica, desarrollo tecnológico e innovación de la Generalitat Valenciana*, código GV 99-111-1-9.

<sup>1</sup> “En el siglo XVIII, Descartes, Gassendi, Boyle, Locke, Wolff, La Mettrie, Holbach y Rousseau son tan importantes para el desarrollo del pensamiento español como, en otras épocas, lo fueron Platón, Aristóteles o Tomás de Aquino”. Francisco Sánchez-Blanco Parody, *Europa y el pensamiento español del siglo XVIII*. Madrid, 1991, p. 12.

modernidad en el XVIII.<sup>2</sup> Sus obras, no prohibidas por la Inquisición hasta 1804, circularon en versiones francesas y latinas y gozaron de una amplia recepción, en la medida en que conectaban con las posturas antiescolásticas a la vez que ofrecían una alternativa al racionalismo cartesiano.<sup>3</sup> El modelo racionalista-matemático de Newton, cuya mención aparece ya en los escritos de Feijoo o en el *Mercurio literario* en 1739-40, tuvo, en cambio, una recepción menos intensa y suscitó mayores prevenciones, puesto que contradecía abiertamente la cosmología aristotélica; ello explica los problemas de Jorge Juan con la Inquisición por su defensa del sistema heliocéntrico copernicano y la mecánica de Newton en sus *Observaciones astronómicas* (1748), redactadas tras su participación en la expedición franco-española al Ecuador (1735-1744) que midió un grado del meridiano para zanjar la polémica entre cartesianos y newtonianos a propósito de las dimensiones de la Tierra.<sup>4</sup>

En el ámbito pedagógico, los *Some thoughts concerning education* (1693) de Locke fueron ampliamente leídos, casi siempre en su versión francesa de 1695, e influyeron en los escritos educativos de autores como Josefa Amar, Juan Mariano Picornell o José Marchena, entre otros muchos, aunque su traducción castellana hubiera de esperar casi un siglo.<sup>5</sup> El pensamiento económico británico se abrió camino en España de forma algo tardía, difundándose a través de extractos, publicados en periódicos como la *Gaceta de Madrid* o el *Mercurio*, de obras de los agraristas o de Malthus, y también de traducciones como la de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith (1794), signo de su influencia en el incipiente liberalismo de las últimas décadas del siglo.<sup>6</sup> También en su vertiente política de crítica al absolutismo monárquico el tardío liberalismo español se apoyó en el referente del sistema parlamentario inglés y de su justificación teórica por pensa-

<sup>2</sup> F. Sánchez-Blanco, *Europa...*, op. cit., esp. pp. 33-34, 55-58, 71-85, 199-213.

<sup>3</sup> Así, Mayans, lector de Bacon desde su juventud y felicitado por ello por el deán Martí, conoció bien también las obras de Locke, que aconsejó a amigos como Piquer y Nebot y cuyo influjo ha sido apreciado en su propia concepción filosófica (Gregorio Mayans, *Razonatoría*. Ed. de A. Mestre y estudio preliminar de J. J. Garrido, Valencia, 1999). Véase también Antonio Mestre, "Mi encuentro con el mundo cultural de Mayans", en *Actas del Congreso Internacional sobre Gregorio Mayans y su tiempo*. Valencia, 1999, pp. 13-47, esp. pp. 27-28).

<sup>4</sup> "El nombre de Newton fue desconocido casi hasta ahora en España, divulgado entre vosotros por Ulloa y Juan", afirmó Meerman en carta a Mayans, quien apoyó a Jorge Juan en este conflicto (A. Mestre, *Don Gregorio Mayans y Sisear, entre la erudición y la política*. Valencia, 1999, pp. 232 y 268). En general, opina Sánchez-Blanco, el sistema newtoniano no fue comprendido ni asimilado en todas sus dimensiones por los ilustrados españoles.

<sup>5</sup> Apareció finalmente en 1797, con el título de *La educación de los niños*. León Esteban, "Las obras «ilustradas» sobre educación y su recepción en España", en *La educación en la Ilustración española*, número especial de *Revista de Educación* (1988), pp. 135-160.

<sup>6</sup> Antonio Elorza, *La ideología liberal en la Ilustración española*. Madrid, 1970.

dores como Locke, junto con otras influencias francesas como la doctrina rousseauiana del pacto social.<sup>7</sup> En Medicina y Cirugía, la escuela de Edimburgo gozó de gran prestigio en la España del siglo XVIII. Uno de los más célebres cirujanos de la época, Antoni Gimbernat (1734-1816), amplió su formación en Inglaterra, donde conoció al famoso John Hunter, a quien mostró sus nuevas técnicas operatorias, que tuvieron una buena acogida fuera de España (*Nuevo método para operar la hernia crural*, 1793).

En el mundo literario, la poesía ilustrada y prerromántica inglesa tuvo en España, como en el resto del continente, una notable recepción: los poemas de Alexander Pope, en particular el célebre *An Essay on Man* (1734), impregnados de un sentimiento deísta de armonía del universo siguiendo las leyes de la naturaleza, inspiraron a partir de los 1770 la nueva poesía filosófica de Trigueros, Samaniego o Meléndez Valdés, mientras que la producción de Edward Young influyó sobre M<sup>a</sup> Gertrudis de Hore o sobre las *Noches lúgubres* de Cadalso.<sup>8</sup> La prensa de costumbres, que floreció en nuestro país en la década de los 1760 (*El Pensador*, *La Pensadora Gaditana*, *El hablador juicioso*, *El duende especulativo...*) y de nuevo, tras un período de crisis, en los 80 (*El Censor*), siguió en buena medida el modelo establecido por la crítica costumbrista de los ingleses *The Spectator* (Addison y Steele) o *The Rambler* (Samuel Johnson), muchos de cuyos artículos fueron traducidos y adaptados (por lo común sin citar procedencia) en las publicaciones españolas.<sup>9</sup>

Sin embargo, el género que más intensamente acusó la influencia inglesa fue la novela. Textos satíricos como los de Swift y Charlotte Lennox, pero sobre todo obras representativas de la moderna novela moral de ambientación contemporánea, estilo realista y tono sentimental, como las de Richardson y Fielding o, más avanzado el siglo, Frances Sheridan, Anne Radcliffe, Elizabeth Helme o Sophie Lee, fueron traducidas (habitualmente a partir del francés), adaptadas a las "costumbres españolas" y acogidas con entusiasmo por los lectores.<sup>10</sup> En especial, Richardson fue enormemente apreciado como paradigma de la novela moral, leído con devoción por ilustrados como Jovellanos e imitado por autores que, como García Malo, Mor de Fuentes, Valladares de Sotomayor o Tójar, introdujeron en España

<sup>7</sup> José A. Maravall, "Las tendencias de reforma política en el siglo XVIII español", en *Estudios de historia del pensamiento español. El siglo XVIII*. Madrid, 1991, pp. 61-81; A. Elorza, *La ideología...*, op. cit.

<sup>8</sup> F. Sánchez-Blanco, *Europa...*, op. cit., pp. 302 y 329-332.

<sup>9</sup> Paul Guinard, *La presse espagnole de 1737 à 1791. Formation et signification d'un genre*. París, 1973, pp. 135-137, 160-200, 291-350.

<sup>10</sup> J. Álvarez Barrientos, *La novela del siglo XVIII*. Madrid, 1991, esp. pp. 15-18, 66-68, 103, 133-134, 177-180, 202-205, 223-227, 276, 289-290, 322, 352-353. También P. Deacon, "La novela inglesa en la España del siglo XVIII: fortuna y adversidades", en *Actas del I Congreso Internacional sobre novela del siglo XVIII*. Aimería, 1998, pp. 125-139.

en las últimas décadas del siglo la “revolución sentimental” ya entonces ampliamente difundida en la literatura y la sociedad europea.

En el sentido inverso, el conocimiento de la cultura española en Gran Bretaña fue relativamente escaso en el siglo XVIII. En esa época, y a diferencia de lo que sucedería en el siglo XIX, pocos bibliófilos ingleses poseían libros españoles (salvo excepciones como las bibliotecas de Anthony Collins, el conde de Oxford, Martin Folkes, el general Dormer, los eruditos Thomas Crofts y John Bowle o el comerciante David Steuart, puestas a la venta entre 1730 y 1801), a causa, en opinión de Nigel Glendinning, de la escasa oferta existente en Inglaterra más que de la ausencia de demanda.<sup>11</sup> En cualquier caso, las circunstancias se transformarían a partir de las primeras décadas del siglo XIX, cuando las subastas de libros españoles en Inglaterra se multiplicaron (vendiéndose, entre otras, las bibliotecas de Gregorio Mayans, José A. Conde y Juan de Iriarte), como consecuencia de diversos factores políticos y culturales: la intervención británica en la Guerra de Independencia española, las traducciones y estudios literarios de Robert Southey y Lord Holland, el auge del romanticismo, el proceso emancipador de las colonias americanas y el exilio de liberales españoles en Inglaterra, que concurrieron para avivar el interés por la cultura y la literatura hispanas.<sup>12</sup>

Bien conocidos por el público culto inglés eran los autores del Siglo de Oro: Quevedo, Lope de Vega, Calderón y, muy especialmente, Cervantes, cuyo *Quijote* fue traducido al inglés en diversas ocasiones durante los siglos XVII y XVIII, incluyendo la lujosa edición patrocinada por Lord Carteret en 1738, acompañada de la *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra* de Mayans, que se reeditó en 1747 y 1756 y se tradujo posteriormente al francés y el alemán.<sup>13</sup> La novela cervantina ejerció, según estudios recientes, gran influencia sobre los novelistas ingleses del siglo XVIII (Defoe, Swift, Smollet, Johnson, Richardson, Fielding o Sterne) y gozó de gran popularidad entre un público amplio, como testimonia la novela de Charlotte Lennox *The Female Quixotte* (1752).<sup>14</sup> Mucho menos conocidos eran en Inglaterra los autores españoles contemporáneos, en una época en la que España pugna por superar su atraso cultural secular incorporándose a las nuevas corrientes intelectuales, pero seguía proyectando en Europa la imagen negativa expresada en las *Lettres persannes* de Montesquieu o en los relatos de viajes. En este sentido, periodistas, escritores y viajeros ingleses se lamen-

<sup>11</sup> Gabriel Sánchez Espinosa, “Los libros españoles del comerciante escocés David Steuart”, *Revista de Literatura*, LXII/123 (2000), pp. 205-236, datos en p. 206.

<sup>12</sup> *Ibidem*, p. 205.

<sup>13</sup> Gregorio Mayans y Siscar, *The life of Michael de Cervantes Saavedra. Written by Don Gregorio Mayans & Siscar, his Catholick Majesty's Library Keeper. Translated from the Spanish Manuscript by Mr. Ozell*. London, J. and R. Tonson, 1788.

<sup>14</sup> Sobre esta influencia véase J. Álvarez Barrientos, *La novela...*, pp. 16 y 22-23.

taron con frecuencia de la escasez de noticias sobre las letras hispanas de su tiempo. Así, el traductor de uno de los discursos de Feijoo se disculpó ante sus lectores por no ofrecerles información más detallada acerca del autor, alegando que: “No fallece un gran hombre en Francia, Holanda, Alemania o Italia sin que aparezca la noticia en los periódicos, mientras que por lo que respecta al estado de las letras en España, se nos mantiene en la oscuridad”.<sup>15</sup> El propio Feijoo, cuyo talento divulgador le granjeó gran fama y éxito en su país, fue uno de los autores del siglo XVIII español más difundidos en la Inglaterra de la época. Los ensayos de su *Teatro crítico* se tradujeron tanto de forma conjunta, en ediciones de discursos escogidos, como de modo individual, presentándose por sus editores ingleses como obras aptas para proporcionar “entretenimiento e instrucción” a un amplio público.<sup>16</sup> La novela satírica del P. Isla *Fray Gerundio de Campazas*, una de las pocas obras españolas de ficción traducidas al inglés (en 1772), gozó también de cierta popularidad entre el público británico.

El interés de los lectores ingleses por la historia y colonización de la América española, en particular para tomar de ella argumentos que permitiesen defender la labor colonizadora de Gran Bretaña, explica que una obra como la *Relación histórica del viaje a la América meridional* de Antonio Ulloa y Jorge Juan fuese bien conocida en Inglaterra a través de su traducción.<sup>17</sup> La *Historia del Nuevo Mundo* de Juan Bautista Muñoz vio también la luz en inglés en 1797, en un cuidado volumen con grabados y notas tomadas en su mayoría de la edición alemana a cargo del historiador Sprengel. El prefacio del traductor, muy elogioso, presentaba la obra como superior no sólo a todos los cronistas e historiadores americanos sino también a la célebre *History of America* (1777) del escocés William Robertson, y ello tanto por su método crítico y erudito como por la amplitud de sus objetivos: trazar una historia general del descubrimiento, exploración y colonización del Nuevo Mundo con un análisis comparativo respecto a las experiencias coloniales de otros países.<sup>18</sup> Aunque el primer volumen (y único

<sup>15</sup> B. J. Feijoo, *An Essay on the Learning, Genius, and Abilities of the Fair Sex, proving them not inferior to man...* Translated from the Spanish of El Teatro Crítico. Londres, D. Steel, 1774, “Dedication”, p. XI.

<sup>16</sup> B. J. Feijoo, *Essays or Discourses selected from the works of Feijoo and translated from the Spanish by J. Brett*. 4 vols. Londres, H. Payne, 1740 (reimpresos en 1780), “Translator's preface”, pp. V-XI.

<sup>17</sup> Richard Twiss, *Viaje por España en 1773*. Ed. de Miguel Delgado Yoldi. Madrid, 1999, p. 281. También tuvo traducción al inglés el *Examen marítimo teórico práctico* (1771) de Jorge Juan.

<sup>18</sup> “From the candour, learning, patience and industry of the Author, he appears to have been well calculated for the execution of the undertaking, which was committed to his trust by his Sovereign. It must be confessed that he has not only kept pace with all the American historians, but surpassed them in the narration contained in this Volume, may be seen by a comparison of the present Specimen, with all their printed works, early as well as modern.

publicado) sólo abordara los viajes de Colón, su traductor inglés apreció, de acuerdo con los valores de la historiografía ilustrada, la minuciosa exhumación y estudio de un impresionante conjunto de fuentes documentales de primera mano, así como la capacidad del autor para captar lo verdaderamente importante y para reconstruir los “sentimientos y forma de pensar” (“the sentiments and cast of thought”) de la época estudiada, y expresó su interés por hacer llegar al público inglés los siguientes volúmenes de la obra.

Junto a las escasas traducciones de obras españolas al inglés, los testimonios de los viajeros británicos que visitaron nuestro país en el siglo XVIII son indicativos del grado de conocimiento que la sociedad inglesa tuvo de la cultura española. Al mismo tiempo, sus relatos contribuyeron a divulgar entre sus compatriotas una imagen de España que, por una parte, subrayaba el atraso intelectual y científico del país y, por otra, advertía los progresos recientes, valorando su alcance y sus límites. Para los viajeros europeos, entre ellos los ingleses, la Península Ibérica constituía un destino exótico, alejado de las trilladas rutas del *Grand Tour*, que ofrecía el atractivo de un recorrido novedoso y el aliciente de poder ofrecer a los lectores de literatura de viajes informaciones más interesantes por menos conocidas. Así, Richard Twiss escribió a propósito de su periplo de 1773:

Después de haber dedicado varios años a viajar por Inglaterra, Escocia, Holanda, Flandes, Suiza, Italia, Alemania, Bohemia, etc., el gusto por la variedad, o la curiosidad de ver cosas nuevas, seguían todavía tan vivos que tomé la decisión de visitar España y Portugal; y me hacía estar aún más deseoso el hecho de que nunca había visto una relación satisfactoria de esos dos reinos, con lo que *me prometía disfrutar de cosas enteramente nuevas en países que imaginaba que estaban muy por detrás del resto de Europa en cuanto a artes y literatura*.<sup>19</sup>

En efecto, los relatos de los viajeros por la España del siglo XVIII constituyen, en buena medida, el inventario de un atraso cultural. La ignorancia, la “falta de educación general y conocimientos” de los españoles son lugares comunes presentes en todos ellos.<sup>20</sup> Una indigencia cultural que, de for-

Amongst the latter, the writings of Dr. Robertson confessedly hold the first rank (at least in our country) in felicity of expression, and brilliancy of stile; but in point of intrinsic merit, and a regular series of interesting facts, Mr. Munoz, it is presumed, will be allowed to take the lead, and this might be naturally expected, as he had access to a vast number of documents and original papers, which lay buried in dust and oblivion, unknown to the Doctor, or to any one else, till our author called them into light and order”. Juan Bautista Muñoz, *The History of the New World, translated from the Spanish, with notes by the translator. Vol. 1*. Londres, 1797, “Advertisement”, pp. VI-VII. En esta y sucesivas citas en inglés y en francés se ha mantenido la ortografía original.

<sup>19</sup> R. Twiss, *Viaje...*, op. cit., p. 49.

<sup>20</sup> E. Clarke, *Letters concerning the Spanish nation: written at Madrid during the years 1760 and 1761*. Londres, T. Becket y P. A. de Hondt, 1763, p. II.

ma casi invariable, los visitantes británicos interpretan en clave política, como producto de la falta de libertades, el absolutismo regio, el inmenso poder de la Iglesia y, en particular, el control inquisitorial de la cultura (muchos ignoraron, en cambio, el papel de la censura gubernamental previa).<sup>21</sup> Con ese espíritu denuncian la pobreza intelectual y el atraso de las Universidades, “instituciones frailunas”, en expresión tan despectiva como certera de Alexander Jardine.<sup>22</sup> Algunos de ellos aprecian como signos de incipiente progreso la fundación en el siglo XVIII de nuevas instituciones culturales y reformistas como la Biblioteca Real, las Academias artísticas y literarias o las Sociedades Económicas. Sin embargo, respecto a estas últimas sus opiniones difieren entre quienes, al modo de Joseph Townsend, elogian su espíritu patriótico, y los que, como Henry Swinburne o Alexander Jardine, ponen el énfasis, escépticos, en la disparidad entre sus buenas intenciones y sus resultados efectivos.<sup>23</sup> Entre las publicaciones periódicas, instrumentos culturales cuyo auge fue mucho más tardío y precario en España que en Inglaterra, además de la obligada referencia a las oficiales (la *Gaceta de Madrid* y el *Mercurio histórico político*), merecen comentarios elogiosos otras como *El Pensador*, *El cajón de sastre* o *La Pensadora Gacitana* (de la que Twiss ofreció un amplio resumen de contenidos, alabando su calidad e interés y afirmando que “merece ser traducida al inglés”).<sup>24</sup>

El atraso científico del país es otro tema recurrente, aunque los viajeros mejor informados o más optimistas adviertan también el buen nivel de la Botánica, el papel renovador de establecimientos como el gabinete de Historia natural y los observatorios astronómicos, o la mejor formación de las nuevas generaciones de médicos españoles, familiarizados ya a la altura de 1784 con los avances de la Medicina europea.<sup>25</sup> Tampoco les pasaron desapercibidas transformaciones sociales de más hondo calado, como el dinamismo de ciudades como Cádiz y Barcelona o el papel que en la Corte ejercía la nobleza ilustrada, cuyas prácticas de lectura, mecenazgo, colec-

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 50. R. Twiss, *Viaje...*, op. cit., p. 232. Sobre la visión de la cultura española en los viajeros ingleses, véase Ana Clara Guerrero, *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*. Madrid, 1990, pp. 382-398.

<sup>22</sup> Alexander Jardine, *Letters from Barbarie, France, Spain, Portugal by an English officer*. Londres, T. Cadell, 1788, vol. II, pp. 146-147. E. Clarke, *Letters...*, op. cit., pp. 79-81. R. Twiss, *Viaje...*, op. cit., p. 52.

<sup>23</sup> Joseph Townsend, *Viaje por España en los años 1786 y 1787* (Dublín, 1792), en José García Mercadal (ed.), *Viajes de extranjeros por España y Portugal. El siglo XVIII*. Madrid, 1962; pp. 1362-1364 sobre las Academias de Barcelona y 1410-1411 sobre las Academias de la Historia y de San Fernando y el gabinete de Historia natural, pp. 1532-1535 para Sevilla. A. Jardine, *Letters...*, op. cit., p. 125.

<sup>24</sup> E. Clarke, *Letters...*, op. cit., p. 65; R. Twiss, *Viaje...*, op. cit., pp. 282-283.

<sup>25</sup> E. Clarke, *Letters...*, op. cit., p. 56; J. Townsend, *Viaje...*, op. cit., pp. 1520-21 y 1647; R. Twiss, *Viaje...*, op. cit., p. 199.

cionismo y sociabilidad cultural, similares a las de la aristocracia europea, constituían un elemento dinamizador en el panorama cultural del país.<sup>26</sup>

Por lo que respecta a los autores más destacados en el panorama intelectual español, algunos viajeros particularmente interesados en el estado de las ciencias, como Townsend, reservan una mención especial a personajes como los marinos y matemáticos Antonio Ulloa y Jorge Juan, los naturalistas Casimiro Ortega, Cavanilles, Eugenio Izquierdo y Clavijo, o el médico Gaspar Casal.<sup>27</sup> Entre los literatos y eruditos, además de las inevitables referencias a los autores del Siglo de Oro, los viajeros consignan los nombres de Mayans, el preceptor de los infantes Pérez Bayer, el arabista Miguel Casiri, Antonio Ponz (cuyo *Viaje a España* les sirvió de guía sobre cuestiones artísticas y monumentales), Asso, Iriarte, Ignacio de Luzán y su *Arte Poética*, el P. Isla (con su célebre *Fray Gerundio*) o el autor de *Los eruditos a la violeta* (obra de José Cadalso publicada bajo pseudónimo).<sup>28</sup> Son, sin embargo, las figuras de Feijoo, entre los escritores, y Campomanes, entre los hombres de letras que ejercieron cargos políticos, las nombradas con mayor frecuencia y en un tono más elogioso, aunque respecto al primero los pareceres se dividan entre quienes ensalzan su papel difusor de las Luces y su celebridad en España y fuera de ella (como Townsend, que visitó su convento para “rendir culto a la memoria del padre Feijoo, cuya fama se ha extendido hasta las naciones más distantes”) y quienes opinan que su mérito ha sido sobrevalorado (así Jardine, para quien “difícilmente se igualaría a nuestros escritores más medianos del pasado siglo”).<sup>29</sup>

Las revistas literarias constituyeron otra fuente de información para los lectores ingleses sobre el estado de las letras en España. En este sentido, una cata efectuada para el último tercio del siglo XVIII en la *Critical Review*, dedicada fundamentalmente a la reseña de publicaciones contemporáneas, inglesas y extranjeras, resulta hasta cierto punto indicativa de presencias y ausencias (aun sin menospreciar el papel del azar en la recepción de datos o el criterio particular de sus editores).<sup>30</sup> Las referencias a España aparecen en muchos casos a partir de los relatos de viajeros ingleses (Clarke, Talbot Dillon, Twiss, Townsend...), pero también franceses o italianos (Bourgoing, Caimo...). Así, entre otros, los *Travels through Portugal and Spain* de Twiss fueron valorados en 1775 en la *Critical Review* por la minu-

<sup>26</sup> J. Townsend, *Viaje...*, *op. cit.*, pp. 1450, 1574, R. Twiss, *Viaje...*, *op. cit.*, pp. 122-123, 180.

<sup>27</sup> J. Townsend, *Viaje...*, *op. cit.*, pp. 1402, 1410-1416, 1447-48, 1520-21; R. Twiss, *Viaje...*, *op. cit.*, p. 281.

<sup>28</sup> William Dalrymple, *Viaje a España y Portugal en 1774*, en J. García Mercadal, *Viajes...*, *op. cit.*, pp. 668-669, 676; R. Twiss, *Viaje...*, *op. cit.*, apéndice V, pp. 251-286.

<sup>29</sup> J. Townsend, *Viaje...*, *op. cit.*, pp. 1399, 1410-11 y 1552; A. Jardine, *Letters...*, *op. cit.*, pp. 79 y 177, sobre Campomanes y Feijoo respectivamente.

<sup>30</sup> En total, se han vaciado 23 volúmenes entre los años 1763 y 1797.

ciosidad de sus observaciones, las *Letters from an English traveller in Spain* y *On the Origin and Progress of Poetry in that Kingdom* de Talbot Dillon lo fueron en 1781 por haber proporcionado material para una historia literaria de España que contradijera el juicio despectivo de Montesquieu, y al *Journey through Spain* de Townsend se le dedicó en 1791-92 un amplísimo resumen de 24 páginas que subrayaba su visión de los obstáculos políticos que impedían el desarrollo del país y sus propuestas de reforma.<sup>31</sup> En suma, la imagen de España llegó a los lectores de la *Critical Review*, como al público inglés en general, en buena medida a través del prisma de la literatura de viajes, que presentaba el país fundamentalmente como un ejemplo de las consecuencias que el “despotismo” político, la superstición religiosa y la falta de libertades tenían tanto en el plano económico como cultural y, en este sentido, como una prueba *a contrario* de las excelencias de la constitución británica.<sup>32</sup> Un segundo tema que puede individualizarse a partir de la *Critical Review* es el de la historia de América y la polémica internacional sobre los méritos relativos de la colonización española e inglesa, que dio lugar a numerosas publicaciones históricas o apologéticas, algunas de las cuales, como las *Riflessioni imparziali sopra l'umanità degli Spagnuoli nelle Indie*, del abate Nuix, aparecen reseñadas en la revista (vol. 51, 1781, p. 223).

Más allá de esas recensiones de literatura de viajes e historias de América o de la ocasional reseña de traducciones de obras españolas (como los ensayos de Feijoo), las noticias sobre las letras en España son más bien escasas en la *Critical Review*. Las secciones fijas tituladas “Foreign articles” y “Foreign literature intelligence” no suelen contener referencias a publicaciones españolas, aunque mencionen con frecuencia obras publicadas en los centros editoriales franceses y alemanes (París, Viena, Leipzig, Berlín...) y, en menor medida, italianos, holandeses, suecos o daneses, lo que traduce tanto la debilidad del mundo de la edición española como la escasez de canales fluidos de comunicación de las novedades en ese campo. De hecho, los editores de la revista lamentaron la escasez de sus informaciones y apelaron a la colaboración de sus lectores para comunicarles datos y faci-

<sup>31</sup> *Critical Review*, 1775, vol. 39, pp. 303-310 y 351-358; 1781, vol. 51, pp. 42-47 y 110-119; 1791, vol. 1, pp. 393-403 y 1792, vol. 2, pp. 142-154, respectivamente. En la LXXVIII de las *Lettres persannes*, Montesquieu afirma la general ignorancia y atraso del país, juicio que tuvo gran difusión en Inglaterra y del que se hace eco la *Critical Review*: “It is observed, with more severity than truth, by a celebrated French writer, that «the Spaniards have but one book, and that one shews the ridicule of all the others»” (1781, vol. 51, p. 337).

<sup>32</sup> “Where we cannot collect any valuable acquisition to the arts or sciences, we may at least behold the inconveniences that arise from the deficiency of them”, escribían los editores de la *Critical Review* (1775, vol. 39, p. 304) sobre la utilidad del viaje a España y su relato literario.

litarles contactos con eruditos españoles.<sup>33</sup> A partir de los años 1780, en efecto, tales noticias comienzan a aparecer con mayor regularidad, dándose a conocer obras de los más diversos géneros (literarias, científicas, históricas...): trabajos del marqués de Mondéjar, Iriarte, los botánicos Cavanilles, José Pavón y José Quer, Juan Bautista Muñoz, Masdeu, Capmany o el abate Andrés, la *Colección de crónicas de Castilla*, la edición del *Quijote* por la Real Academia en 1781 o la traducción de Salustio atribuida al infante Don Gabriel, que, difundida en una magnífica edición como muestra propagandística del progreso de las letras en España, contribuyó a afianzar el prestigio e influencia del preceptor Pérez Bayer. De esas y otras publicaciones se informa en entradas por lo común limitadas al título y fecha de la edición, que en algunos casos se amplían con comentarios o elogios del autor y sus obras. Asimismo, la *Critical Review* ofrece en 1787 un amplio informe sobre los objetivos y actividades de la Sociedad Económica de Amigos del País de Madrid, presentando el surgimiento de esas instituciones como una voluntariosa iniciativa reformista y un signo de reactivación de la vida cultural en España: “La nación española está empezando a emerger de su indolencia: los españoles se están convirtiendo en buenos químicos, buenos filósofos, buenos médicos y buenos patriotas” (vol. 63, 1787, p. 140).

Estos ejemplos de traducciones, relatos de viajes y reseñas en revistas literarias, aunque limitados en su alcance, proporcionan algunos signos sobre la influencia de la cultura y las letras inglesas en la España del siglo XVIII, así como, a la inversa, sobre la medida en que las nuevas actitudes culturales modificaron la difundida imagen de atraso y oscurantismo proyectada por España desde la Contrarreforma en Inglaterra y en el conjunto de Europa. Este esbozo de muy amplios trazos sobre las relaciones culturales hispano-británicas sólo puede precisarse y matizarse a partir de análisis ceñidos a los límites de un determinado género, autor o círculo, como los ya realizados o en curso sobre la novela, la literatura económica y política o los contenidos de bibliotecas particulares. Las páginas siguientes pretenden contribuir al estudio de estas relaciones a partir de un grupo concreto de intelectuales y eruditos, los hombres de letras valencianos y en particular aquellos que configuraron una comunidad intelectual unida por vínculos personales y epistolares en torno a la figura influyente y longeva de Gregorio Mayans. Acotando todavía más el terreno, nos ceñiremos a tres ámbitos: los contactos de los viajeros ingleses con el ambiente cultural valencia-

<sup>33</sup> Bajo el epígrafe “Portugal”, reconocen sus esfuerzos baldíos por obtener datos más abundantes y actualizados: “Our defect of information concerning Spanish and Portuguese literature we regret; and should be happy if any learned correspondent would enable us to supply it. Endeavours on our part have not been wanting, and though it is believed that a literary Journal, called the Memoria literaria [sic], is still published at Madrid, we have not been able to procure recent Numbers” (*Critical Review*, 1792, vol. 4, p. 545).

no, las relaciones epistolares de Mayans con eruditos británicos y, para cerrar el círculo de la representación mutua en el espejo de la literatura de viajes, la presencia de lo inglés en el *Viaje fuera de España* de Antonio Ponz.

## 2. LOS VIAJEROS INGLESES Y EL AMBIENTE CULTURAL VALENCIANO

Algunos de los viajeros ingleses que llegaron a España en el siglo XVIII y publicaron relaciones de su viaje visitaron la ciudad de Valencia, donde entraron en contacto con las instituciones y círculos culturales, o bien trabaron, en la Corte o de forma epistolar, relaciones con hombres de letras valencianos. El primero y uno de los más conocidos ejemplos es el del clérigo anglicano Edward Clarke (1730-1786), que llegó a España en 1760 como capellán de la embajada británica en Madrid y, tras volver a Gran Bretaña en 1761 ante la inminencia de una guerra, fue destinado en 1763 a Menorca (en poder de los ingleses hasta el tratado de Versalles de 1783) como capellán y secretario del gobernador.<sup>34</sup> De regreso a su país, desempeñó cargos eclesiásticos y fue educador de jóvenes caballeros, algunos de los cuales llegaron a ocupar importantes puestos en el gobierno de William Pitt. Estudiante de las lenguas clásicas formado en la Universidad de Cambridge, Clarke publicó diversas obras en las que se aprecia su talento intelectual. En 1755, una carta en verso a un amigo imaginario de viaje por Italia y un largo poema dedicado a la obra de Montfaucon, obras de exaltación de la herencia artística y literaria de la Antigüedad y su recuperación por el humanismo renacentista y el criticismo erudito frente a la “barbarie” medieval; en 1759, un sermón en acción de gracias por una victoria naval inglesa, pieza de circunstancias llena de erudición clásica y bíblica; en 1767, una defensa de la labor del gobernador Johnston frente a las quejas contra sus abusos contenidas en un folleto anónimo, en la que sostiene el carácter moderado y razonable del gobierno británico y su respeto hacia las tradiciones autóctonas, acusando a los menorquines de aversión a los ingleses, resistencia ilegítima y colaboracionismo con la reciente ocupación francesa (“a particular aversion to the customs, and everything that was English”).<sup>35</sup>

<sup>34</sup> Datos biográficos tomados de A. C. Guerrero, *Viajeros...*, op. cit., pp. 57-59.

<sup>35</sup> E. Clarke, *A letter to a friend in Italy. And verses occasioned on reading Montfaucon*. Londres, R. Baldwin, 1755. *A thanksgiving sermon preached at the Rolls-Chapel, dec. 9, 1759. Being the day appointed to return thanks...for the victory gained over the French fleet on the 20th of November last*. Londres, Thomas Payne, 1759; *A defence of the conduct of the lieutenant-governor of the island of Minorca. In reply to a printed label (An Account of the Deplorable State of the Island of Minorca, and of the many injuries done to the inhabitants under the command of Lieutenant-Governor Johnston) secretly dispersed, without a name, and which is annexed to this account*. Londres, T. Beckett & P. A. de Hondt, 1767 (el texto del libelo anónimo se reproduce en pp. 61-74).

Sin embargo, su obra más conocida fueron sus *Letters on the Spanish nation*, redactadas durante su estancia en España y publicadas en Londres en 1763. En el prefacio, donde era de rigor en todos los relatos de viajes que el autor se justificara defendiendo la objetividad y utilidad de su testimonio, Clarke afirma querer contrarrestar la imagen tergiversada de España imperante entre el público británico por el influjo de obras novelescas (*romance-accounts*) que se negaban a admitir el cambio de costumbres del país y la influencia francesa, de relatos de viaje anticuados, “que fueron en otra época verdad, pero ya no son una correcta descripción de los españoles”, o bien de las relaciones modernas, escasas y poco veraces. A pesar de sus gustos clásicos, Clarke ironiza sobre aquellos obsesionados por dar a conocer “una moneda herrumbrosa” o “una inscripción semiborrada”. En efecto, sus cartas se sitúan más bien en un momento de transición entre las preocupaciones fundamentalmente anticuarias de viajeros precedentes y el relato de viajes al gusto ilustrado, interesado no sólo por las antigüedades, sino también por las instituciones y la vida productiva y cultural del país recorrido, que se impondría en el último tercio del siglo.<sup>36</sup>

Pese a la sequedad de su estilo y la aridez de las enumeraciones que las pueblan (desde listas de pesas y medidas a otras de universidades, categorías nobiliarias, obispos o literatos), las *Letters* de Clarke participan de las teorías de la civilización propias del pensamiento ilustrado, que relacionaban de modo estrecho los sistemas políticos con las formas sociales, la economía y la cultura de los países descritos. Su visión de la vida intelectual española parte de este enfoque filosófico y político, común a muchos otros viajeros ingleses, que consideraban el atraso intelectual del país como un resultado del control político y religioso, es decir, de “la falta de libertad de prensa y el estar sujeta a la censura de la Inquisición” (incomodidades que él mismo experimentó al ser retenido su equipaje en la frontera en busca de libros prohibidos).<sup>37</sup> Clarke realiza así un matizado elogio de los logros científicos y literarios del país, pasados y presentes, aunque afirmando que su verdadero florecimiento sólo podría producirse en las condiciones de constitucionalismo político, tolerancia religiosa y libertad intelectual propias del sistema británico.

Desde esa perspectiva, Clarke ofrece una breve y desigual revisión del estado de las diferentes disciplinas, para concluir con un catálogo de autores y obras clasificados en dos categorías: la Historia y el resto de materias, bajo el epígrafe de “libros y autores misceláneos”.<sup>38</sup> Por lo que respecta a

<sup>36</sup> E. Clarke, *Letters...*, *op. cit.*, “Preface”, p. I.

<sup>37</sup> *Ibidem*, pp. 8, 49, 336.

<sup>38</sup> “It is a matter of much surprize to me, when I consider things in this light, to find that the Spaniards are advanced so far as they are in arts and science, than to wonder, that they are got no farther” (*ibidem*, p. 50). El catálogo de autores españoles configura las pp. 66-79.

la Medicina, se limita a reproducir el tópico del atraso y el excesivo uso de la sangría y a traducir dos discursos de Feijoo (como le reprocharían ácidamente sus críticos), aunque en su catálogo incluya también las obras de Piquer o las del religioso Antonio José Rodríguez (pp. 55-64). En Teología y Filosofía, critica la general ignorancia de los frailes y la vigencia de la escolástica en las Universidades españolas (clamando contra Aristóteles, Scotto y Tomás de Aquino, “un triunvirato más peligroso para la libertad de la mente que aquellos de la antigua Roma para sus libertades”, pp. 51-53 y 336). En lo referente a la historia, la erudición o la literatura se muestra mejor informado y, además de reservar una mención especial a la Biblia Políglota Complutense, cita con elogio a los clásicos de los siglos XVI y XVII.<sup>39</sup> También se refiere a algunos “literatos modernos”: los ensayistas Feijoo y Sarmiento, los historiadores, filólogos y anticuarios Ponce, Pérez Pastor, Flórez, Burriel, Miñana, Ximeno, marqueses de San Felipe y Valdeflores, el conde de Gazola o Miguel Casiri, los científicos Rodríguez, Piquer, Capdevila, Jorge Juan o el novelista P. Isla (pp. 77-79).

La información necesaria para redactar las *Letters* y en concreto la carta IV (“Sobre el estado de la literatura, las letras y los eruditos en España”) debió llegarle a través de los hombres de letras españoles con los que entabló contactos, a pesar de sus dificultades de comunicación por su ignorancia del español y sus problemas para hacerse entender en latín pronunciado al modo inglés. En efecto, Clarke dedica sus menciones más extensas a dos eruditos valencianos, Mayans y Pérez Bayer, no sólo por reconocimiento hacia su trabajo intelectual, sino también en gratitud por sus atenciones: de Mayans destaca su longevidad intelectual, su renuncia al cargo de bibliotecario en 1740 y su fama entre los hombres de letras europeos; de Pérez Bayer, su dominio del hebreo y otras lenguas orientales, sus obras eruditas, su valiosa colección de monedas y manuscritos y su ofrecimiento de colaborar con el hebraísta inglés Kennicott.<sup>40</sup> Fue Carlos C. Plüer, agregado cultural de la embajada danesa en Madrid, quien lo puso en contacto con Mayans. A petición de Clarke le envió, con autorización de Mayans, la carta escrita por éste al orientalista alemán David Michaelis sobre el estado de los estudios arabistas y hebraístas en España (fecha el 23 de diciembre de 1758) y otra al embajador Keene sobre la Biblia Políglota Complutense (de junio de 1754).

<sup>39</sup> Mariana, Mendoza, Florián Ocampo, Ambrosio Morales, los cronistas americanos, Antonio Agustín, Alonso de Ercilla, Pineda, Nebrija, Garcilaso, Cervantes, Calderón, Lope de Vega, Guevara o Góngora, en pp. 52-54 y 65.

<sup>40</sup> Refiere los elogios de Muratori, John Burcard Menkenius y su hijo, Friedrich Otto Menkenius, Christian August Heumann, Marcus Augustus Beyer, Gottfried Mascou, Johann Gottlieb Heineccius, Peter Wesseling y el conde de Granville, y alude también a los trabajos de Juan Antonio, a la vez que expresa su agradecimiento: “As I was much obliged to this gentleman for the favour of his correspondence, I could not refuse this little acknowledgement” (*ibidem*, p. 78); similar gratitud expresa hacia Pérez Bayer.

Ambas epístolas fueron reproducidas por Clarke en sus *Letters*, junto con dos cartas latinas dirigidas al propio Clarke por Pérez Bayer y Mayans (en junio y septiembre de 1761 respectivamente).<sup>41</sup> La carta de Mayans a Michaelis valora la riqueza de la tradición medieval, el esplendor del hebraísmo y el arabismo en el siglo XVI y la aportación de los conversos (Cisneros, Arias Montano) y lamenta las consecuencias culturales de la persecución de las minorías religiosas, además de localizar los manuscritos más importantes y resumir el estado de los estudios. La carta a Keene sintetiza, a partir de la Vida de Cisneros por Álvaro Gómez, el proyecto de la Políglota, sus autores y la procedencia de los manuscritos y continúa con una alabanza de Mayans hacia la labor posterior de Arias Montano, junto a su queja por el descuido de las lenguas eruditas tanto en el pasado como en su propio tiempo. Finalmente, la carta a Clarke constituye una síntesis de la erudición hispana en lenguas clásicas y bíblicas (Antonio Agustín, Arias Montano, Fernando Núñez Pintano, Pedro Juan Núñez) y de las obras publicadas después de 1700, aspecto este último en el que su selección es deliberada y expresamente personal: *novatores* (Tosca, Corachán) e historiadores críticos (Nicolás Antonio, marqués de Mondéjar, Burriel), autores valencianos (Rodríguez y Ximeno, Martí, Miñana, Segura, Agustí Sales, Jorge Juan) y catalanes (Feliu de la Penya, los hermanos Finestres, Mateu Aymerich), amén de otros eruditos (Juan Ferreras, Interián de Ayala, González de Barcia, José Bermúdez).

Clarke debió compartir en buena medida los criterios y preferencias de Mayans, como este mismo anticipaba (“Omitto alios scriptores tibi notos, quorum iudicium malo esse tuum, quam meum”) y como sugiere el cotejo de los autores por él mencionados con los incluidos por Clarke en sus *Letters*. En efecto, aunque no se pueda determinar con certeza la procedencia de sus informaciones, el influjo de Mayans resulta patente en aspectos como la referencia de Clarke a la descripción de las antigüedades de Sa-

<sup>41</sup> A. Mestre, *Don Gregorio Mayans...*, pp. 242-244. El inicio de la relación puede seguirse a través de la correspondencia de Mayans con Plüer (BM-SM, caja 7272-42, docs. 10921-10924 y 10929-10932). Clarke reproduce las cartas de Pérez Bayer y Mayans como apéndice a su “Letter IV. State of literature, letters, and men of learning in Spain”, pp. 81-83 y 84-90 respectivamente, excusándose por no traducirlas del latín: “As the two following Latin Epistles contain several particulars relating to the Present State of Literature in Spain, especially the latter, in which are so many curious facts and observations, together with a list of the works of his own countrymen, the Valentian Writers, from the beginning of this century, I have thought proper to insert them in this place” (p. 81). Las otras cartas las incluye, traducidas al inglés, en pp. 299-311 (“Letter XVII. An Epistle to Charles Christopher Pluer, chargé des Affaires from the Cour of Denmark to that of Madrid, written originally in Latin by Don Gregory Mayans, and containing the present State of the Hebrew and Arabic learning in Spain, and where the principal manuscripts in those branches are to be found”) y 312-321 (“Letter XVIII. An Epistle written by Don Gregorio Mayans, to the late Sir Benjamin Keene, containing a full Account of the Complutensian Polyglot”).

gunto por el deán Martí (en la reedición holandesa de 1738 a partir de las epístolas latinas publicadas por Mayans en 1735) o el elogio de la Universidad de Valencia como una de las más avanzadas de España, que ensalza de forma un tanto hiperbólica el legado de Mayans.<sup>42</sup>

Al parecer, la recepción de las *Letters* en Inglaterra no fue muy favorable. Los editores de la revista literaria *Critical Review* realizaron una dura crítica de un texto que consideraron poco original, lleno de errores históricos y anécdotas triviales y de estilo seco y árido, “parecido al país que describe, con amplias zonas estériles entremezcladas con algunos lugares agradables”, juicio que un cuarto de siglo más tarde compartiría el viajero prerromántico William Beckford.<sup>43</sup> Lamentaron, en suma, que las ambiciosas pretensiones de su autor sólo hubieran producido un libro tedioso, demasiado prolijo y falto tanto de rigor en la información y un plan sistemático en la exposición como de amenidad en el estilo. Aunque reconocieron cierto interés a su descripción de un país “peor conocido en Inglaterra que los esquimales o los hotentotes” y salvaron algunas de sus aportaciones, despreciaron la panorámica presentada por Clarke sobre el estado de las letras en España, a su juicio una sucesión de citas endeble, manidos argumentos de obras inglesas e insípidas listas de autores y Universidades.<sup>44</sup> Mención menos negativa aunque tibia obtuvieron las cartas de los eruditos españoles: las de Mayans a Plüer y Keene, “dignas de ser hojeadas”, y las de Mayans y Pérez Bayer a Clarke, “cuyo estilo dista de ser despreciable”.

La reacción adversa de la *Critical Review* hacia las *Letters* de Clarke y su escaso aprecio de las epístolas eruditas de Mayans y Pérez Bayer sugieren que la obra no gozó del favor del público ni conectó con las tendencias literarias y de lectura de su tiempo. Destinadas en principio a una audiencia no necesariamente erudita, como advirtió el autor con cierta suficiencia al justificarse por no haber traducido unas cartas latinas que suponía de escaso interés para los legos en lenguas clásicas, las *Letters* estaban, no obstante, sobrecargadas de datos y faltas de un hilo narrativo que atrajera a ese tipo de lectores.<sup>45</sup> Sin duda ya en la fecha de su publicación, y en mayor medida

<sup>42</sup> “The university of Valencia seems, at present, to have the fairest claim to precedence in point of learning; but that is owing solely to the example, directions, and instructions of that eminent scholar Don Gregorio Mayans y Siscar” (*ibidem*, p. 80). La referencia a Martí, en p. 209.

<sup>43</sup> *The Critical Review or Annals of literature*. Londres, A. Hamilton, 1763, vol. 15, pp. 295-302. Sobre Beckford, A. C. Guerrero, *Viajeros...*, *op. cit.*, p. 47.

<sup>44</sup> Como el relato del recorrido en la carta 1ª (“entretenido”), la síntesis sobre el estado de la religión en la carta 2ª (“bien hecha e instructiva”), las informaciones sobre agricultura y economía (cartas 14ª y 15ª) o la descripción de las costumbres en la carta 19ª (“de lo mejor publicado en inglés sobre el asunto”).

<sup>45</sup> “Those readers, who do not understand the Latin tongue, will have no reason to regret, that there is no translation of these epistles annexed to them; since the literary history they contain, and the list of authors, would afford them but very dry entertainment” (E. Clarke, *Letters...*, *op. cit.*, p. 90).

en las décadas siguientes, el gusto del público inglés, gran consumidor de literatura de viajes, se inclinaba hacia obras menos farragosas, de redacción más fluida y literaria y lectura amena. Por el contrario, al otro público potencial constituido por los lectores eruditos, a quienes Clarke dirigió también sus guiños, la obra pudo resultarle poco rigurosa, desfasada en algunas de sus fuentes de información y carente de una organización sistemática.<sup>46</sup> Su difusión, por tanto, debió ser limitada, y de hecho no volvió a editarse en su país. Mayor fortuna tuvo en Alemania, donde fue traducida por Johann Tobias Rohler, profesor en Göttingen, una Universidad con la que Mayans gozó de vínculos a través de sus corresponsales Carlos Plüer y David Clement y en la que se desarrollaron muy intensamente los estudios hispanos. La versión francesa de las *Letters* fue prohibida de forma inmediata, posiblemente por temor de que su actitud crítica hacia los Borbones españoles se extrapolará a la monarquía del país vecino.<sup>47</sup>

El *Travel through Portugal and Spain in the years 1772 and 1773* (1775) de Richard Twiss (1747-1821), hijo de un acomodado comerciante inglés establecido en Holanda, no alcanzó tampoco gran fama entre sus contemporáneos. Su relato erudito y bien informado, testimonio de su interés por la literatura, las artes y las ciencias (fue miembro de la Royal Society) y que ofrecía en su apéndice *Breve relación de la literatura española* un amplio comentario sobre el estado de las letras, fue recibido con agrado por los autores españoles por el tono optimista con que describía los progresos del país. Sin embargo, pese a gozar de diversas ediciones en inglés y traducciones al francés y al alemán, pronto fue eclipsado por otros libros más acordes con el gusto de la época por los relatos de corte ilustrado y filosófico. Twiss visitó la ciudad de Valencia, de la que dejó una visión positiva que subrayaba, como las de tantos viajeros, la fertilidad de la tierra y riqueza de la producción agraria, pero también la fama de su Universidad, la belleza del perfil urbano marcado por los campanarios o la ordenada rotulación de las calles y numeración de las casas, aunque no desaprovechó las ocasiones para ironizar sobre la superstición religiosa, a propósito de las reliquias de la catedral o de la suspensión de las representaciones teatrales a modo de rogativa contra la sequía. Como era costumbre para los viajeros distinguidos, Twiss fue agasajado por las autoridades y por sus compatriotas: así, recibió las atenciones del capitán general, por aquel entonces el conde de Sayve, y coincidió con el médico escocés William Duncan y otros

<sup>46</sup> Así, los editores de la *Critical Review* fustigaron a Clarke por haber incluido como toda información sobre el estado de las ciencias en España dos discursos de Feijoo “peores que los que puede escribir un aprendiz tras pasar tres años en una farmacia de Londres” (*Critical Review*, 1763, vol. 15, p. 297).

<sup>47</sup> Juan Bautista Codina Bas (ed.), *Viajeros británicos por la Valencia de la Ilustración*. Valencia, 1996, p. 22.

ingleses en bailes y conciertos.<sup>48</sup> Entre los eruditos valencianos, menciona solamente a dos: Jorge Juan y Gregorio Mayans. Quiso visitar al primero, retirado en su villa natal de Novelda, pero hubo de renunciar a hacerlo a causa de su enfermedad (de hecho, el matemático moriría pocas semanas después, como consignó el propio Twiss en su relato).<sup>49</sup> Por otra parte, no parece que tampoco llegara a conocer personalmente a Mayans, “un caballero que todavía vive en Valencia”, de quien menciona una de sus obras: las cartas de Nicolás Antonio y Antonio Solís, publicadas en Lyon junto con el discurso sobre la elocuencia española.<sup>50</sup>

Como la mayor parte de los viajeros por tierras valencianas, Henry Swinburne (1743-1803), en su viaje por España entre 1775 y 1776, cumplió con el ritual de visitar las ruinas romanas de Sagunto, que despertaron el interés de Clarke, de Talbot Dillon e incluso de Giacomo Casanova. Para describir las ruinas con cierto detalle, Swinburne se ayuda de la larga y erudita disertación incluida en las cartas latinas del deán Martí, de cuyo interés e iniciativas para la conservación del teatro saguntino se hizo eco con agrado.<sup>51</sup> Asimismo, en otro pasaje de su relato vuelve a utilizar las epístolas del deán para poner en evidencia con sus propias palabras, escritas en 1722 en carta al conde Scipione Maffei, la general indiferencia e incluso hostilidad que en la España de su época se albergaba hacia las antigüedades, ruinas e inscripciones, contrastando con la pasión por el pasado clásico y sus vestigios materiales que, nacida con el humanismo renacentista, se había desarrollado intensamente en los círculos eruditos europeos de los siglos XVII y XVIII, particularmente en Italia, donde Martí había pasado años muy formativos y donde mantuvo vínculos y relaciones intelectuales. Un interés que Swinburne y otros viajeros compartían, lo que explica que cite *in extenso* las frases rotundas de Martí atribuyendo a la superstición religiosa y el oscurantismo clerical la destrucción de gran parte del patrimonio español, si bien Swinburne, prudente, afirma creer que la situación había mejorado desde la época del deán.<sup>52</sup> Traza también breves semblanzas de algu-

<sup>48</sup> Twiss, *Viaje...*, *op. cit.*, pp. 144 y ss.

<sup>49</sup> “Aquí tenía la intención de hacer una visita al insigne don Jorge Juan, quien ha publicado junto con don Antonio de Ulloa, una descripción de América (en cuatro volúmenes en folio pequeño) que está traducida al inglés; pero al enterarme de que guardaba cama debido a una enfermedad, decidí no molestarle. A las pocas semanas falleció” (*ibidem*, p. 157).

<sup>50</sup> *Ibidem*, p. 283. Se trata de las *Cartas de Don Nicolás Antonio, de Don Antonio de Solís i de Don Christoval Crespi de Valldaura, con una breve noticia de las vidas de los dos primeros Autores, i la Oración que exhorta a seguir la verdadera idea de la Elocuencia Española*. Lyon, De Ville y L. Chalmette, 1733.

<sup>51</sup> Henry Swinburne, *Travels through Spain in the years 1775 and 1776*. Londres, 1779, en J. B. Bas Codina, *Viajeros...*, *op. cit.*, p. 129 y nota 1: “Martí obtuvo de los magistrados un decreto público que aplicaba castigos a todo aquel que lo dañara del modo que fuese”.

<sup>52</sup> Transcribe Swinburne de la carta de Martí a Scipione Maffei: “No existe país, a excepción de Italia, en el que abunden más monumentos antiguos que en España: en todas las pro-

nos intelectuales valencianos: de Francisco Pérez Bayer, preceptor de los infantes, en quien destaca su erudición clásica y conocimiento de lenguas y subraya, como mérito poco frecuente, su experiencia viajera por Italia; de Gregorio Mayans, “erudito de gran conocimiento y sentimientos liberales”, cuyas obras enumera brevemente; de Antonio Ponz, a quien elogia por su contribución a la reforma del gusto arquitectónico a través de las proliferas descripciones y críticas de su *Viaje de España*, o del ya fallecido Jorge Juan.<sup>53</sup>

Sin embargo, de todos los viajeros extranjeros que visitaron las tierras valencianas en el siglo XVIII dejando por escrito sus impresiones, fue sin duda el irlandés John Talbot Dillon (1740?-1805) quien mostró mayor interés y aprecio por el ambiente intelectual valenciano. Diputado en el Parlamento irlandés entre 1771-1783 y gran viajero, Dillon desarrolló un interés hacia nuestro país y un conocimiento bastante profundo de la cultura española. Su itinerario por España en 1778 dio lugar a la publicación de dos obras, *Travels through Spain with a view to illustrate the natural History* (1780) y *Letters from an English traveller in Spain in 1778 on the Origin and Progress of Poetry* (1781), la primera de las cuales sería traducida al alemán en 1782; además, tradujo al inglés una carta de Mengs a Ponz sobre la pintura (*Sketches on the art of painting*, 1782).<sup>54</sup>

vincias pueden encontrarse restos de puentes, acueductos, templos, teatros, circos, anfiteatros y otros edificios públicos; la mayoría de los cuales han quedado reducidos a su actual condición deplorable debido a las atrocidades de sus habitantes más que al paso del tiempo. Tal es la naturaleza y el espíritu de los españoles que para derrocar los monumentos paganos y romanos, se cuenta entre ellos uno de los actos de piedad más meritorios y de más eficacia que es el de darles la bendición del Todopoderoso. ¡Ay! ¡Qué devoción tan absurda! Pero, ¿cómo podría ser de otro modo en un reino en el que manda una estúpida y odiosa tribu monjil donde se piensa que es un crimen desviarse un ápice de las reglas impuestas por los burros encapuchados? Cualquier cosa que farfullen se venera como oráculos ancestrales salidos del tripode delfico. Los holgazanes, elevados por esa nauseabunda adoración, rugen las penas del infierno contra todo el que se atreva a fijar su atención en una estatua antigua. Cuando se desentierra alguna cosa de ese tipo sus manos salvajes la agarran, rompen, desfiguran y por si la pura luz del sol se profanara a la vista de tal abominación se quema hasta convertirla en cal, o se entierra de nuevo. Si por casualidad se descubriera el busto de un emperador, filósofo u orador gritan, «¡es un ídolo! ¡lleváoslo! ¡destruidlo!» e instantáneamente sufre el destino de Dagon. El vulgo destruye todas las inscripciones ya que creen que sus letras están diseñadas para encerrar algunos espíritus impuros como guardianes de tesoros escondidos. Son inmensas las cantidades de inscripciones desfiguradas o arrojadas a agujeros donde yacieron durante tantas épocas. Muchas fueron enviadas a Francia, y durante la última guerra de Sucesión, dos viajeros ingleses las embarcaron en dos barcos con monumentos antiguos e inscripciones históricas que habían recogido cerca de Tarragona”. A continuación (nota 2, pp. 148-149), Swinburne añade otros ejemplos de desprecio hacia las antigüedades que habían tenido lugar en territorio valenciano: el enterramiento de inscripciones romanas en los cimientos del puente de Serranos (reseñado por Ponz en la carta IX, libro IV, de su *Viaje por España* y atribuido por Swinburne al rector de la Universidad Joan Salaya) y las acciones de los franciscanos de Sta. María del Pino, en Oliva.

<sup>53</sup> *Ibidem*, p. 148.

<sup>54</sup> A. C. Guerrero, *Viajeros...*, op. cit., pp. 67-69.

Talbot Dillon llegó a conocer personalmente, en su retiro de Oliva, a un Mayans ya anciano, presentado a sus lectores ingleses como el autor de la *Vida de Cervantes* y de quien menciona también su edición de las cartas latinas de Martí acompañada por la *Vida* del deán, así como a su hermano Juan Antonio, del que consigna su obra sobre la historia y antigüedades de Elche.<sup>55</sup> Dillon apreció la erudición y amabilidad de don Gregorio, dio cuenta de sus trabajos en curso, ponderó su rica biblioteca y narró su caída en desgracia por los avatares de la política, aprovechando para convertir ese episodio de censura y persecución, por contraste, en un elogio de las libertades británicas:

He tenido el placer de conocer al instruido y cortés don Gregorio Mayans, antiguamente bibliotecario del rey, que ahora vive aquí, y que tiene una buena hacienda en este país y a su amabilidad estoy muy debido por sus muchas cortesías, además de por una gran información. Darle una enumeración de sus numerosos escritos en casi todas las ramas de la literatura y jurisprudencia llenaría un volumen. Usted ha leído su vida de Cervantes, aneja a la edición Carteret de don Quijote. Ahora está escribiendo la vida de Virgilio y está en posesión de una muy curiosa y valiosa biblioteca, principalmente de los escritores de su propio país, con muchos manuscritos poco corrientes y una numerosa colección de las viejas traducciones españolas de los clásicos latinos y griegos. Se encuentra en una edad avanzada, pero todavía conserva una gran vivacidad y una disposición de lo más afable añadidas a una sorprendente disposición. Durante las intrigas de los jesuitas, quienes le tenían miedo, su casa y su biblioteca fueron cerradas por una fuerza armada; los dragones irrumpieron en su estudio y se llevaron muchos de sus libros en nombre de la autoridad... ¡Oh, feliz Inglaterra! donde la propiedad de los individuos es sagrada y donde la mínima violación de la libertad se topa con un enérgico y justo resentimiento de la gente...<sup>56</sup>

La visita de Talbot Dillon a Novelda le proporcionó también ocasión para referirse extensamente a la figura y la obra del difunto Jorge Juan, uno de los intelectuales españoles más conocidos y con mayor frecuencia citados por los viajeros británicos.<sup>57</sup> En conjunto, Talbot Dillon parece haber

<sup>55</sup> John Talbot Dillon, *Letters from an English Traveller in Spain on the Origin and Progress of Poetry* (1781), en J. B. Bas Codina, *Viajeros...*, op. cit., p. 170, nota 13: “La mejor edición de las cartas de Martí «Aloisi Martini epistolae» con una ilustración de Sagunto, en el 410, [sic] fue imprimida en Holanda en una edición de 2 volúmenes; y la vida en otro volumen escrito por Mayans, impreso en Madrid por Sir Benjamin Keene. Ahora esta edición escasea y es apreciada en España, pero la edición holandesa es mejor”.

<sup>56</sup> *Ibidem*, pp. 181-182. “Las antigüedades de Elche han sido recientemente ilustradas por D. Antonio Mayans, canónigo de Valencia, hermano de D. Gregorio Mayans y Siscar, el célebre escritor. Veán «Ilici hoi la villa de Elche ilustrada con varios discursos, por Don Juan Antonio Mayans y Siscar». Valencia, 1771”. *Ibidem*, p. 153, nota 1.

<sup>57</sup> Su interés por los monumentos e inscripciones llevó a Talbot Dillon a transcribir por entero el texto latino, seguido de su traducción al inglés, del monumento erigido en memoria de Jorge Juan por sus hermanos en la iglesia de San Martín de Madrid, donde estaba enterrado; a continuación consignó las principales obras del ilustre marino. *Ibidem*, pp. 156-157, nota 4.

apreciado la producción intelectual y literaria valenciana, como se desprende de la exclamación hiperbólica que abre su carta XVII, dedicada a las "Observaciones hechas en Valencia y sus alrededores", en la cual la evocación de la belleza natural del entorno se completa con una referencia elogiosa y erudita al talento de los escritores locales.<sup>58</sup> En gran medida, esta alabanza responde a las convenciones que pesan sobre los relatos de viajes y sobre la propia experiencia subjetiva del viajero de la época moderna, obligado a consignar "maravillas" de distinto signo (arquitectónicas o paisajísticas, de la naturaleza tanto como de las costumbres, el arte y la cultura) para agradar a sus lectores y justificar el interés de su viaje. Sin embargo, también trasluce la afinidad entre el tipo de viajero clasicista representado por Clarke, Dillon o, hasta cierto punto, Swinburne, y autores de talante humanístico y erudito como los hermanos Mayans. Es el modelo del viajero anticuario (fijado en la literatura por obras como la de Addison y en la práctica por la costumbre del viaje a Italia), preocupado por inventariar monumentos, antigüedades y ruinas, que sería reemplazado más avanzado el siglo por el del viajero filosófico, atento a la descripción analítica de las instituciones, sociedad y costumbres del país visitado.

A este nuevo modelo de viajero y narrador responde el médico y ministro anglicano Joseph Townsend (1739-1816), que visitó España entre 1786 y 1787, dejando constancia de su recorrido en una obra publicada en 1791 cuyo éxito le valió nuevas ediciones en inglés y francés. Su prolongada estancia en Valencia y las relaciones que allí entabló, en particular con el capitán general, duque de Crillon, le permitieron formarse una opinión acerca de la vida cultural en la ciudad. Sin embargo, lo que hallamos en su obra no son tanto, como en Swinburne o Dillon, retratos individuales de hombres de letras como otras consideraciones que sugieren una mirada distinta sobre la vida cultural. Descripciones e impresiones en las que el interés se centra en los espacios y formas de producción y difusión de la cultura: instituciones culturales, como la Universidad o la imprenta, formas de relación, ocio y sociabilidad que incluyen manifestaciones artísticas y musicales, como los "refrescos" y fiestas, y también, desde su particular interés profesional, la formación teórica y condiciones de ejercicio de la Medicina. En este sentido, Townsend describe con interés la organización y funcionamiento de la Universidad valenciana, alaba la riqueza de su biblioteca ("contiene muchos miles de libros") y valora con aprobación sus enseñan-

zas, en particular los cambios introducidos por el plan Blasco, recién aprobado y que elogió calurosamente ("si llegara a ejecutarse, haría de su universidad una de las más respetables de Europa"), tanto como a su autor ("el rector es un hombre de profundos conocimientos y muy preocupado por el progreso de la ciencia en su comunidad").<sup>59</sup>

En el ámbito de la medicina y la ciencia, el que más le interesaba, el plan de 1786 había supuesto el fomento de la práctica clínica y la adopción de autores modernos, como Beaume, Macquer, Murray, Heister, Boerhaave, Home, Van Swieten y Cullen.<sup>60</sup> Como médico formado en la prestigiosa Universidad de Edimburgo y discípulo del célebre William Cullen, Townsend estaba particularmente capacitado para apreciar este esfuerzo renovador de la enseñanza médica en la Universidad de Valencia y valorar sus carencias (la no utilización de Haller y Gaubius o de la *Synopsis Nosologiae Methodicae*, a su juicio la mejor obra de Cullen), así como para apreciar errores en la práctica de los médicos o lamentar su insuficiente consideración social y económica. Sus conversaciones con sus colegas valencianos y la oportunidad de colaborar en el diagnóstico de un enfermo a instancias del duque de Crillon le permitieron forjarse una impresión bastante ponderada del trabajo de los médicos y expresar su confianza en que tanto su formación como su honorabilidad social fueran progresando en la medida en que lo hicieran la prosperidad y las Luces en España.<sup>61</sup>

Townsend se interesó también por la imprenta y valoró como parangonable e incluso superior a la de otros países europeos la calidad del trabajo del impresor valenciano Monfort, a partir de una de sus ediciones de mayor mérito, los grabados de monedas que componían la obra de Pérez Bayer *De nummis Hebraeo-Samaritanis* (1781). Como colofón de su doble alabanza al autor intelectual y a los artífices materiales de ese trabajo, el médico inglés afirma que si la literatura renaciera en España habría de hacerlo en Valencia, por el ingenio de sus eruditos y la perfección de la imprenta, exclamación que, sin embargo, no cabe tomar de forma literal sino apreciar en el contexto más amplio de su relato, menos centrado que los de otros viajeros en la Corte y atento a subrayar otros focos de dinamismo cultural y social en la periferia, como Barcelona o Valencia. En esta ciudad Townsend participó también de la vida cultural en su sentido más amplio de ocio y trato social. Acudió, en compañía de los duques de Crillon, a una representación cómica en el Grao de Valencia (ya que, como no omitió subrayar, la Casa de Comedias había sido clausurada y posteriormente derruida a instancias

<sup>58</sup> "...[E] gran arquitecto del universo ha vertido en ti innumerables bendiciones para hacer tu felicidad completa, y para que seas la admiración del mundo, inspirando al mismo tiempo a tus hijos con los más exaltados talentos para cantar perpetuamente tus alabanzas". Para apoyar esta afirmación Talbot Dillon cita la obra de Ximeno *Escritores del Reino de Valencia* (1749), subrayando admirativamente que "Una relación de los escritores de sólo el Reino de Valencia, nos da un trabajo de dos volúmenes de folio". *Ibidem*, p. 167 y nota 11.

<sup>59</sup> Véase la edición facsímil: *Plan de estudios aprobado por S.M. y mandado observar en la Universidad de Valencia*. Valencia, 1984, con estudios de los profesores Albiñana, Esteban, Mestre, J. L. y M. Peset sobre el significado del nuevo plan.

<sup>60</sup> Joseph Townsend, *A Journey through Spain in the years 1786 and 1787* (1792), en J. B. Bas Codina, *Viajeros...*, op. cit., pp. 233-234.

<sup>61</sup> *Ibidem*, pp. 249-250.

del arzobispo Mayoral), así como a un refrigerio amenizado por la representación de una ópera, actos que le merecieron algunos elogios.<sup>62</sup>

Townsend representa, así, una perspectiva no del todo ausente en otros viajeros como Swinburne, quien describe los espectáculos teatrales en Valencia y Alicante, o como Twiss o Dillon, que al caracterizar la ciudad en sus aspectos arquitectónicos y urbanísticos se refieren al paseo como el acto social que dotaba de sentido a esos espacios, embelleciéndolos con el “espíritu público” del trato, el comercio y la conversación. Una concepción de la cultura que pone el acento en la comunicación y la sociabilidad y que se muestra de forma más plena en Townsend, representante emblemático del viajero ilustrado.

### 3. CONTACTOS ENTRE ERUDITOS: LOS CORRESPONSALES BRITÁNICOS DE GREGORIO MAYANS

Junto a los relatos de viajes, otra dimensión de los vínculos entre intelectuales ingleses y hombres de letras valencianos la ofrecen las relaciones epistolares, entre las que destaca la voluminosa correspondencia de Gregorio Mayans (1699-1781), particularmente en los largos años de su voluntario retiro en Oliva, en los que el trato con eruditos, impresores y diplomáticos extranjeros compensó en parte sus frustradas aspiraciones a recompensas y cargos y sus proyectos de reforma de las letras desatendidos por el gobierno. Los trabajos de Antonio Mestre y Vicent Peset han demostrado que entre los amigos y correspondientes de Mayans se contaron durante buena parte de su vida personajes más o menos relevantes del mundo de la cultura y la política británica. Es bien conocida su amistad con el embajador inglés Benjamin Keene y sus resultados tanto en el plano literario como en el personal. Como ha reconstruido Mestre, Mayans conoció a Keene en Madrid en casa de José Bermúdez y, aunque declinó una invitación del embajador por temor a que peligrase su aspiración al cargo de cronista oficial de Indias (según carta a su hermano Manuel el 19 de junio de 1734), siguió cultivando la relación.<sup>63</sup> Envió a Keene el *Diálogo de las armas y linajes de España* de Antonio Agustín, editado por él junto con una *Vida* del autor, obra que, como las *Cartas morales* de Agustín, agradó al embajador, quien propuso a Mayans publicar las *Opera omnia* del arzobispo de Tarragona con su apoyo económico y la colaboración “de los primeros hombres de Europa en dignidad y letras”. La ambiciosa empresa no pudo realizarse, pero la amistad entre Mayans y Keene fructificó, en primer lugar, en la edición, su-

<sup>62</sup> *Ibidem*, pp. 248-249.

<sup>63</sup> A. Mestre, *Don Gregorio Mayans...*, op. cit., pp. 97-98 y 107-111. Parte de las cartas de Mayans a Keene, escritas entre 1734 y 1749, se conservan en la Biblioteca Municipal de Valencia, fondo Serrano Morales (en lo sucesivo BM-SM), caja 7271-36, refs. 9855 a 9868.

fragada por Keene y Bustanzo, de las cartas latinas del deán Martí (*Epistolarum libri duodecim*) acompañadas de su *Vida* por Mayans (Madrid, 1735).<sup>64</sup> También proporcionó a Mayans la oportunidad de participar en la edición inglesa del *Quijote* patrocinada por Lord Carteret, con una *Vida de Cervantes* que compuso entre agosto y diciembre de 1736.<sup>65</sup>

La fama de esta edición, aparecida en 1738, la elevada posición de su patrocinador y el favor del embajador Keene despertaría años más tarde, con motivo de la requisa de la *Censura de historias fabulosas* en 1743, el rumor de que ese era el castigo por el trato de Mayans con Inglaterra, país con el que por esos años estaba prohibido el comercio.<sup>66</sup> Tras el fallecimiento de Keene en 1757, Mayans intentó, infructuosamente, continuar tan útil vínculo congraciándose con su sucesor, George William Hervey, conde de Bristol, a quien por mediación de su amigo Víctor de Comba hizo llegar ejemplares de las obras de Tosca y Corachán que el joven embajador rechazó. Mayans mantuvo también larga, aunque discontinua, correspondencia con lord George Keith, conocido como el mariscal de Escocia y amante de la literatura hispánica, quien pretendió en 1755 publicar, en castellano y francés, las *Crónicas* de Jaume I y de Muntaner, proyecto que no llegó a fructificar pero que Mayans apreció especialmente viniendo de un extranjero, cuando los textos históricos en catalán no gozaban apenas de acogida en España, y el propio conocimiento y uso de la lengua estaban en retroceso.<sup>67</sup>

Más conocida es la relación con Clarke, iniciada, como ya se ha indicado, a través de Plüer, a quien Mayans autorizó para que hiciera llegar al capellán inglés copias de sus cartas a Michaelis y a Keene (Mayans-Plüer, 13 y 21 de julio de 1763) y por mediación del cual envió a Clarke otras cartas (en septiembre de ese año) y monedas antiguas (el 5 de octubre de 1761). La comunicación entre Clarke y Mayans prosiguió hasta 1768, ahora sin intermediarios, a través de una serie de epístolas en latín y castellano, en los términos habituales de la correspondencia entre eruditos: envío de noticias, intercambio de libros propios y ajenos, comentarios sobre autores o sobre proyectos de trabajo.<sup>68</sup> El 25 de octubre de 1761 Clarke le agradece

<sup>64</sup> Keene apreciaría el estilo latino de las epístolas como “obra de un gentil (de un Flamen Dial, de un Arúspice, o de un sacerdote de Júpiter capitolino) más que de un prebendado católico”, como hizo saber con humor Mayans a propósito de las reservas que el carácter paganzante de las cartas había despertado en el confesor real P. Clarke.

<sup>65</sup> G. Mayans, *Vida de D. Miguel de Cervantes Saavedra*. Edición de A. Mestre. Madrid, 1972.

<sup>66</sup> La confianza entre Gregorio Mayans y Keene llegó hasta tal punto que Keene gestionó en Londres una coadjutoría con derecho de sucesión en el arcobispado de Alzira para Juan Antonio Mayans, tal como ha documentado Amparo Alemany Peiró, *Juan Antonio Mayans y Siscar (1718-1801). Esplendor y crisis de la Ilustración valenciana*. Valencia, 1994, pp. 34-51. Vicent Peset Llorca, *Gregori Mayans i la cultura de la Il·lustració*. Barcelona, 1975, p. 170.

<sup>67</sup> A. Mestre, *Don Gregorio Mayans...*, op. cit., pp. 107 y 117-118. Se conserva correspondencia con Keith en BM-SM, caja 7271-36, refs. 9851-9854.

<sup>68</sup> BM-SM, caja 6801-2, leg. 127.

el envío de la obra del marqués de Mondéjar, que corresponde a su vez con unos versos latinos, y le habla del libro que estaba preparando sobre el gobierno, leyes y costumbres de España (“de forma Imperii, linguae, genio et moribus populorum”). En diciembre de 1767, desde Menorca, le comunica la muerte de su amigo el latinista John Taylor y le pide un ejemplar de la obra de Pérez Bayer sobre las monedas samaritanas, ofreciéndose a su vez a enviarle las *Letters*. En su contestación de abril de 1767, Mayans, tras lamentar la muerte de Taylor, le comunica, con satisfacción apenas disimulada, su nombramiento como alcalde de Casa y Corte, informándole incluso del salario que percibe (20.000 reales anuales), se compromete a enviarle el libro de Pérez Bayer cuando se publique y agradece el ofrecimiento de las *Letters*. Una última carta de Clarke pone fin a la correspondencia conservada: la breve misiva, escrita en castellano desde Menorca el 9 de enero de 1768, pide información sobre la vida de Macanaz, cuya figura de reformador de la administración y acérrimo regalista perseguido por la Inquisición cautivó a muchos de los visitantes británicos a España.

Si estas relaciones, en particular la establecida entre Keene y la familia Mayans, han sido estudiadas ampliamente en sus pormenores e implicaciones, los vínculos que el erudito mantuvo con otros hombres de letras ingleses en los años 60 y 70, brevemente sintetizados por Peset y Mestre, merecen algún comentario más detallado.<sup>69</sup> Así, Mayans y el secretario de la embajada inglesa, Louis de Visme, mantuvieron continuada correspondencia entre 1764 y 1769, además de intercambiar libros y saludos a través de su común amigo Juan Bautista Hermán, cura de la Font de la Figuera, instalado en la Corte a partir de 1767 con la pretensión de obtener algún cargo, y siguieron en contacto tras la marcha de España de Visme.<sup>70</sup> De éste se conservan siete extensas epístolas, escritas, en su mayoría desde Aranjuez, en un francés elegante y medidamente desenfadado, mientras que de Mayans nos quedan sólo dos breves cartas.<sup>71</sup> El 12 de junio de 1764, tras excusarse por no escribirle en latín, Visme le agradece las atenciones dispensadas durante los días en que (en compañía de Plüer) lo visitó en su casa de Oliva, y le relata su viaje de vuelta, deteniéndose en la favorable impresión que le produjo el teatro romano de Sagunto, para acabar lamentando el confinamiento de Mayans en Oliva y pidiéndole información sobre la historia

de España, en particular sobre el antiguo poder de las Cortes. El 22 de diciembre del mismo año, le agradece el envío de las cartas del deán Martí sobre el teatro de Sagunto y le formula dos nuevas consultas, referidas a los manuscritos griegos del Escorial y a la filiación de Diego de Mendoza, a la vez que le adjunta cinco inscripciones transcritas durante sus estancias en Lisboa y Menorca. Un año más tarde, el 24 de diciembre de 1765, se muestra agradecido por los datos sobre las Cortes (acerca de las cuales investiga un conocido y compatriota suyo), se ofrece a recabar información para la gramática latina de Mayans y le pide el envío de monedas, así como a su hermano Juan Antonio datos sobre la historia de España tras el reinado de Carlos V.

Algunos de estos encargos se materializaron con posterioridad, como revela la carta del 11 de marzo de 1766. En ella, Visme agradece a Mayans las monedas y recomendaciones de libros, le comunica la pronta remisión de las gramáticas latinas solicitadas por el erudito para ayudarse en la redacción de la suya y celebra que se esté preparando en España una nueva edición del Quijote. Entre octubre y diciembre de ese año, ambos tuvieron ocasión de saludarse durante la visita de Mayans a la Corte para apoyar sus pretensiones a un cargo, estimuladas, tras el fracaso de sus candidaturas a la plaza de bibliotecario mayor en 1747 o a la intendencia de Valencia en 1752, por los cambios políticos habidos entre 1759 y 1765 (ascenso al trono de Carlos III, nombramiento de Roda, conocido manteísta, como Secretario de Gracia y Justicia). Conocedor de las dificultades, finalmente, el 21 de abril de 1767 Visme felicita calurosamente a Mayans, celebrando que por fin se hayan reconocido sus méritos; a continuación, confirma el envío del diccionario latino-inglés de Ainsworth y las gramáticas latinas de Rudiman y Praat. Tres meses más tarde, el 21 de julio, le anuncia la llegada a Madrid del conde de Zizendorff, a quien le recomienda. Finalmente, el 30 de abril de 1768, desde Londres, satisfecho y agradecido por las amistades enabladadas durante su estancia en España, se despide poniéndose a su servicio en su próximo destino, San Petersburgo, cuya lejanía no basta para descorazonarle en su afán de conocer nuevos horizontes culturales.<sup>72</sup>

Las cartas de Visme nos lo muestran como un exponente de un tipo social y educativo bien asentado en el siglo XVIII entre las élites y clases profesionales británicas: el modelo del caballero, para quien los clásicos formaban parte de su formación, de los signos distintivos que compartía con sus iguales y de su propia representación de persona culta y respetable. La pasión anticuaría fue un fenómeno más ampliamente extendido entre hombres y mujeres de letras, clérigos y profesionales, que cultivaron el respeto

<sup>69</sup> V. Peset, *Gregori Mayans...*, op. cit., pp. 169-174 y 192-198. A. Mestre, *Don Gregorio Mayans...*, op. cit., pp. 244 y 346-347.

<sup>70</sup> Hermán-Mayans, BM-SM, caja 7268-25, cartas de 14 de mayo, 8 junio, 21 julio, 20 septiembre y 20 noviembre de 1767. Sobre la relación entre Hermán y Mayans, véase Vicente León Navarro, “La corte y la relación epistolar Juan Bautista Hermán-Gregorio Mayans (1767-1770): una colaboración intelectual”, en *Actas del Congreso Internacional...*, op. cit., pp. 429-456. Visme intercedió por Hermán ante Campomanes y Olavide y le obsequió con libros latinos.

<sup>71</sup> Visme-Mayans: BM-SM, caja 6811/2ª, leg. 661, nºs 1 a 8.

<sup>72</sup> Más tarde Visme, según Peset, realizó a Mayans una consulta a través de William Bowles sobre los dos primeros libros publicados en la Península Ibérica (V. Peset, *Gregori Mayans...*, op. cit., pp. 192-193).

por la erudición y la fascinación por antigüedades, ruinas e inscripciones. En esa línea, Visme hace partícipe a Mayans de su admiración por el teatro romano de Sagunto y se permite mostrar sus conocimientos sobre Paladio o discrepar en algunos aspectos del deán Martí, le confiesa su interés y el de sus amigos por las “medallas” o los manuscritos griegos, y transcribe para él, por iniciativa propia, las inscripciones trabajosamente descifradas en sus viajes, mientras el esforzado epigrafista *amateur* se tambalea “colgado de una escalera alta”. Con Mayans compartió también el interés por la historia de España, tema sobre el que halló en su corresponsal valenciano una inmejorable fuente de información (“Que de questions, Monsieur, n’aurois je pas a vous faire sur mille sujets, et surtout l’Histoire d’Espagne”, escribe el 12 de junio de 1764). Participó con él, asimismo, de su intensa oposición a los jesuitas, cuya expulsión celebró exultante en su carta del 21 de abril de 1767, sentimiento que en el caso de Mayans se enraizaba en su profundo regalismo y sus convicciones de católico reformista, y en el de Visme guardaba relación con su carácter de anglicano inconformista e intelectual crítico.<sup>73</sup>

Sin embargo, el estilo intelectual de este hombre de curiosidad inagotable, que coincide con Mayans en algunos aspectos, se aleja de él en otros. Visme muestra de forma reiterada su aprecio por el trato “civil”, de un modo que, más allá de la obligada cortesía hacia sus anfitriones, trasluce una actitud muy propia del nuevo modelo de intelectual del siglo XVIII, que valoraba la erudición unida al refinamiento en el trato y la sociabilidad (“Albergo mayor respeto por la erudición y por los sabios que nunca, desde que he sabido que se podían combinar tantos conocimientos con una urbanidad y alegría tal”).<sup>74</sup> Utiliza el francés en su correspondencia en lugar del latín, presentando esa elección (condicionada sin duda por su limitado dominio del idioma) como una apuesta por lo moderno frente a lo clásico (“he creído mejor pensar a la moderna y dejaros a Vos la bella latinidad”) e ironizando de paso sobre la moda latinizante que impelía a los viajeros eruditos a escribir cartas o versos latinos para mostrar a sus amigos y al público que habían cumplido con el preceptivo trámite de extasiarse ante los restos monumentales de la Antigüedad.<sup>75</sup> Frente al estilo humanístico, más

cadencioso y erudito, Visme cultiva en sus cartas el ingenio, la ironía y la frase ágil y, en contraste con el interés de Mayans por los clásicos como modelos literarios, contempla disciplinas como la gramática latina desde una perspectiva estrictamente utilitaria. Su justificación, frente a la reconocida erudición classicista de su interlocutor, es la actitud orgullosa de un “moderno” para quien la prioridad fundamental es el conocimiento de las costumbres y el saber del mundo y que enfoca el pasado en función del presente, es decir, a partir de su utilidad para explicar la organización social y política, los hábitos y cultura de las sociedades de su tiempo (“Los acontecimientos más instructivos son aquellos que se aproximan a nuestro tiempo y se encuentran en nuestras propias costumbres”).<sup>76</sup>

A pesar de esas diferencias de talante y actitud hacia la cultura, Visme muestra de forma reiterada a lo largo de su correspondencia su admiración y respeto por la labor intelectual de Mayans y su contribución al desarrollo de las letras en su país. En distintas ocasiones lamentó que el retiro, en parte elegido y en parte impuesto por las circunstancias, de Mayans en Oliva, lejos de la Corte y de los cargos políticos o culturales, privara a los eruditos de su trato, y, a propósito de su gramática latina, se congratuló por la utilidad del proyecto, adjudicando a su autor el superlativo título de “restaurador de las Letras en España”.<sup>77</sup> En 1767, por fin, a punto de dejar el país, acogió con inmensa satisfacción el nombramiento de Mayans como alcalde de Casa y Corte, gesto del gobierno de Carlos III en el que, como en la expulsión de los jesuitas, creyó ver el signo de un cambio de actitud y de una posición más favorable a los proyectos culturales de indole reformista:

Nadie participa más que yo de la justicia que se os ha hecho. Si el rey de España recompensa las Letras, éstas le devolverán con creces sus favores. Un hombre como vos, abandonado en la oscuridad de una provincia, basta para hundir la reputación de un monarca. Sin embargo, las circunstancias devuelven ahora a las cosas su verdadero valor, y hoy que la ignorancia se embarca junto con aquéllos que tanto interés han tenido en mantenerla, el verdadero saber será elevado de nuevo a la distinción y al honor. Es cierto que dejo este país justo en el tiempo en el que me gustaría haber llegado a él. (Visme-Mayans, 21 abril 1767)

*ner la belle latinité; d’ailleurs je consulte ma propre indolence et votre delicatesse; je m’attache surtout aux vivans”* (Visme-Mayans, 12-6-1764).

<sup>76</sup> “Je vous avouerai nettement que j’ai regardé la Grammaire latine comme un échaffaut pour conduire a cette Langue, et meme a toutes les autres...Mais une fois parvenu a de medianes connaissances j’ai rejeté bien loin mes premiers secours” (Visme-Mayans, 24-12-1765). “Les événements les plus instructifs sont ceux qui approchent de nos jours, et qui sont dans nos propres moeurs” (Visme-Mayans, 11-3-1766).

<sup>77</sup> “Vous avez consulté votre propre bonheur en vous ensevelissant dans la Province, il n’en est pas de meme de celui de vos amis” (Visme-Mayans, 12-6-1764). “Je ne doute nullement qu’écrivant le Latin aussi elegantment que vous le faites vous ne produisies quelque chose digne de vous et de votre grande reputation; et peut-etre meriterés vous le titre superbe de restaurateur des Lettres en Espagne, ou elles sont infiniment dechues” (id., 24-12-1765).

<sup>73</sup> “Creo que es pelagiano o por mejor decir arminiano. Sus sentimientos me parecen los mismos de Episcopio, Limburch, i Le Clerc, gran satirizador de nuestras cosas” (Hermán-Mayans, 20-11-1767).

<sup>74</sup> “J’ai plus de respect pour l’erudition et pour les savans que je n’en ai jamais eu, depuis que j’ai connu qu’on pouvait allier tant de conaissances avec tant d’urbanité et de gaieté”. Visme-Mayans, 12-6-1764. Roger Chartier, “El hombre de letras”, en Michel Vovelle (ed.), *El hombre de la Ilustración*. Madrid, 1995.

<sup>75</sup> “Je m’étois proposé de faire de belles recherches sur les sentimens des Amis de Cicéron, et d’imiter les honnetes gens que venerent de passer quelques jours a Tusculum ou a Terminus, mais tout bien compté j’ai cru qu’il valoit mieux penser a la moderne et vous abandon-

Las relaciones epistolares de Mayans con el ámbito inglés prosiguieron en los años 1770, por mucho que se quejara en 1776 al marqués de Almodóvar de haber descuidado la correspondencia con los eruditos extranjeros para ocuparse de los planes de reforma de los estudios, que por entonces se mostraban ya fracasados.<sup>78</sup> De 1773 data un conocido y breve intercambio con el médico escocés William Duncan, sucesor de Cullen en su cátedra de Edimburgo, quien visitó Valencia (donde coincidió con Twiss) en 1773 y trabó relación con Mayans: de sus manos recibió la traducción castellana del *Tratado del cultivo de las tierras* del agrónomo inglés Jethro Tull, que le interesaba por sus adiciones sobre la agricultura árabe, así como el obsequio de una Biblia.<sup>79</sup>

Mayor continuidad tuvo la relación epistolar, entre 1776 y 1778, con uno de los sucesores de Clarke como capellán de la embajada británica, el reverendo Robert Darley Waddilove, a través de quien entabló contacto con el historiador escocés William Robertson (1721-1793). Por las cartas conservadas y las menciones en la correspondencia entre Mayans y Almodóvar, estudiadas por Peset y Mestre, sabemos que Darley Waddilove remitió a Mayans en febrero de 1776 una serie de preguntas de Robertson para su trabajo sobre la historia de América.<sup>80</sup> El 20 de ese mes, Mayans le comunica el envío de un paquete de libros para el historiador. Días después, el 24 de febrero, comenta con Almodóvar la doble petición de Robertson de datos sobre historia de América y de un examen crítico de su *History of the Reign of the Emperor Charles the Fifth* (que Darley Waddilove se ofreció a enviarle en nombre de Robertson pero Mayans, según carta del 6 de abril, ya tenía encargada en francés). El duque escribió una crítica positiva del contenido y estilo de esta obra, a invitación de Mayans, quien se la agradeció el 14 de mayo. Días después, el 25 de mayo, Mayans hizo llegar a Darley Waddilove (quien ya había recibido, según carta del 20 de ese mes, recomendaciones bibliográficas para sí mismo y para Robertson) su propio juicio sobre la *Historia de Carlos V*, muy elogioso de la elegancia, penetración y “sublime ingenio del Sr. Robertson”. Con anterioridad ya había contestado, en carta del 30 de abril, a sus cuestiones relativas a la historia de América. El 17 de octubre de 1776, tras reiterar sus elogios a Robertson, y su complacencia por el hecho de que se hubiese dirigido a él para sus consultas, le anuncia, a su vez, el envío de algunas de sus propias obras.

<sup>78</sup> A. Mestre, *Don Gregorio Mayans...*, op. cit., p. 344.

<sup>79</sup> De esta relación tan sólo queda constancia a través de una carta de Mayans a Martínez Pingarrón de 3-4-1773 y de una breve eskuela sin fechar de Duncan agradeciéndole el envío de una Biblia (en V. Peset, *Epistolario I. Mayans y los médicos*. Valencia, 1972, ref. 249 y nota 118, p. 309).

<sup>80</sup> Las cartas cruzadas entre Mayans y Darley Waddilove se conservan en BM-SM, caja 7272-34, mientras que las epístolas a Almodóvar han sido publicadas por A. Mestre y P. Pérez García (eds.), *Epistolario XV. Mayans y los altos cuadros de la magistratura y administración borbónica*, 2. Valencia, 1997, pp. 623-644 (ref. 812) y 653-654 (ref. 818).

La *History of America* se publicó finalmente en 1777. Se trataba de un trabajo ambicioso y representativo de la interpretación racionalista y filosófica de la Historia propia de la Ilustración, que se ocupaba de la población americana, las prácticas coloniales, el funcionamiento institucional y el régimen fiscal. Era una obra bien documentada, producto de la recopilación minuciosa y exhaustiva de un abundante material de primera mano en bibliotecas y archivos y también de informaciones proporcionadas a Robertson por otros hombres de letras, entre ellos Mayans y Darley Waddilove, a quien el autor agradeció en su prefacio haber buscado entre los eruditos españoles respuestas a sus preguntas. En un principio, encontró en España la buena acogida que Darley Waddilove, en carta a Mayans el 11 de julio de 1777, había manifestado esperar, en la medida en que la obra realizaba un juicio menos negativo que otros autores (en clara referencia a Raynal) sobre la colonización española. La propia Academia de la Historia, a petición de Campomanes, nombró a Robertson académico correspondiente en septiembre de 1777 y apoyó con entusiasmo la propuesta de uno de sus socios, Ramón de Guevara Vasconcelos, de traducir su obra como marco de referencia para abordar proyectos similares.<sup>81</sup> La solicitud cursada el 27 de diciembre al rey para imprimir la traducción obtuvo respuesta favorable del Secretario de Indias, José Gálvez. Sin embargo, meses después las circunstancias políticas de la guerra de independencia norteamericana le indujeron a cambiar radicalmente de parecer y a prohibir, el 19 de noviembre de 1778, la circulación de la *History of America* por España y América. A ello siguió la designación real, en julio de 1779, de Juan Bautista Muñoz, cosmógrafo mayor de Indias desde 1770, para escribir una réplica erudita y documentada a Robertson, que, escrita con el método crítico propio de la época, vio finalmente la luz en 1793 con el título de *Historia del Nuevo Mundo* y sería, como hemos visto, pronto traducida al inglés.<sup>82</sup>

No es difícil imaginar los pensamientos que esta prohibición suscitaría a Mayans, quien tanto mostró apreciar el trabajo de Robertson y que fue, a su vez, consultado por Muñoz durante la redacción de su obra.<sup>83</sup> En cualquier caso, la relación con el historiador escocés siguió entre la publicación de la *History of America* y el viraje del gobierno borbónico. El 19 de junio de 1777, de nuevo a través de Darley Waddilove, Robertson agradece a Mayans sus libros y le anuncia el envío de una obra erudita de Lowth, obispo de Londres, *De sacra poesi Hebraeorum* (que Mayans agradece en su res-

<sup>81</sup> M<sup>a</sup> Teresa Nava Rodríguez, “Robertson, Juan Bautista Muñoz y la Academia de la Historia”, *Boletín de la Real Academia de la Historia* (1990), cuaderno III, pp. 435-455.

<sup>82</sup> Juan Bautista Muñoz, *Historia del Nuevo Mundo*. Madrid, Viuda de Ibarra, 1793 (reproducción facsímil: Valencia, 1990). Sobre el autor y su obra, véase Nicolás Bas Martín, *Juan Bautista Muñoz (1745-1799): un ilustrado valenciano, autor de la Historia del Nuevo Mundo y fundador del Archivo General de Indias*. Valencia, 2000.

<sup>83</sup> A. Mestre, *Don Gregorio Mayans...*, op. cit., p. 359.

puesta del 28 de junio). El minucioso Robertson mandó a continuación a Mayans, el 11 de julio, una lista de 18 preguntas titulada: “Noticias que faltan en la Historia de Carlos V”, centradas en la historia política, legislación y privilegios de los reinos y ciudades de la monarquía hispánica, a las que Waddilove añadió por su cuenta otras 8 “preguntas misceláneas” sobre temas tan diversos como la arquitectura antigua, manuscritos e inscripciones, la expulsión de los moriscos o la música en tiempos de los árabes. La respuesta remitida el 15 de julio por Mayans, otras veces tan prolijo en sus contestaciones, es breve y traduce cierto cansancio por la inagotable curiosidad de su corresponsal (“Es VI. exquisitamente curioso, y yo cargado de años para poder contestar a VI.”): así, le remite a la carta enviada a Robertson para muchas de las preguntas, respondiendo tan sólo de forma sumaria a cinco de las 26 formuladas. Ello no disuadió a Darley Waddilove, quien en su carta de 9 de enero de 1778, además de darle noticias del éxito y próximas traducciones de la *History of America* y de sus propios trabajos en la biblioteca del Escorial, realiza nuevas consultas sobre el cultivo de la historia natural y sobre los reinados de Felipe III y Felipe IV, esta última a petición de un amigo inglés, autor de una historia de Felipe II. La respuesta de Mayans el 13 de enero de 1778, de nuevo breve, le remite al médico Antoni Capdevila para que le informe sobre historia natural.<sup>84</sup>

Sin embargo, movido por la insistencia de su corresponsal (que reiteró sus preguntas el 18 de junio) o deseoso de agradecerle la obra de Lowth, finalmente recibida y leída con interés, Mayans le escribió de nuevo el 27 de junio de 1778. Esta carta, la última que se conserva y la más extensa de toda su relación epistolar con Darley Waddilove, aunque haya merecido por parte de los estudiosos menor atención que las referidas a Robertson, ofrece un notable interés. En ella Mayans se muestra impaciente al ser requerido para informar sobre asuntos que podrían resolver personas menos eruditas: así, le comunica brevemente que existen manuscritos de época de Felipe II y Felipe IV, de difícil consulta por estar en manos privadas, y le remite a las bibliografías de Nicolás Antonio, Rodríguez y Ximeno al respecto de los libros impresos en España.<sup>85</sup> Sin embargo, se recrea en ofrecerle breves biografías de tres valencianos distinguidos en los ámbitos de la Anatomía, la Filosofía experimental, la Química y la Botánica: Crisóstomo Martínez, Pere Cubells y Antoni Joan, en las que sintetiza su formación,

sus dificultades y sus obras más destacadas. Aunque Mayans no extrae conclusiones explícitas al respecto, los tres personajes no parecen seleccionados al azar: todos ellos, nacidos en territorio valenciano entre mediados del siglo XVII y las primeras décadas del XVIII, marcharon a Francia, donde desarrollaron su profesión con éxito entre los pacientes y fama en la comunidad médica. A través de ellos, parece sugerir a su corresponsal los méritos de los científicos españoles y sus relaciones con la ciencia europea, pero también, implícitamente, las dificultades de su trabajo, patentes en los problemas de Martínez para encontrar protector o en el hecho de que los trabajos químicos de Joan restaran inéditos.<sup>86</sup>

En esta correspondencia se hace patente el interés de Darley Waddilove y Robertson y de algunos de sus amigos y conocidos por la historia y la cultura española, que el primero reconoció ante Mayans en una misiva de 9 de enero de 1778: “Yo soy un poco curioso y algunos de mis amigos también, y quieren aprovechar de mi residencia en España para obtener mejores luces de este país de (las) que se hallan en algunos libros que presumen haber hecho su descripción”. En efecto, despreciando muchos de los relatos de viajes de los que se nutría la imaginación de sus compatriotas, Waddilove aprovechó su estancia en España para frecuentar bibliotecas y manuscritos, entablar contactos y servir como enlace a amigos que le solicitaban informaciones para sus propios trabajos. En este sentido, la correspondencia con Mayans sirvió a Robertson y a Darley Waddilove como fuente de datos eruditos, correcciones, libros y consejos bibliográficos, que en el caso del historiador escocés pudieron ser incorporados a su *History of America* y a posteriores reediciones y traducciones de su *History of the reign of Charles the Fifth*. Robertson reiteró su deseo de documentarse lo mejor posible y de pulir errores sometiéndolo sus dudas a la consideración de eruditos como Mayans, a quien manifestó su gratitud por sus observaciones y enmiendas. A su vez, éste aprovechó la correspondencia con Darley Waddilove y Robertson para insinuarles su buena disposición para recibir todos aquellos libros, propios o ajenos, que tuvieran a bien remitirle, lamentándose de la escasez en España de buenos libros, muy solicitados por eruditos extranjeros y nacionales deseosos de formar buenas bibliotecas (Mayans a Darley Waddilove, 30 abril 1776). No desaprovechó tampoco la ocasión de hacerles llegar sus propios trabajos, sin que su afectada modestia ocultase el orgullo y satisfacción que ello le producía; así, agradeció el 25 de mayo a Darley Waddilove que hubiera enviado a Robertson sus libros (convertidos en “libritos” en la versión definitiva de la carta) y más tarde, el 17 de octubre de 1776, le anunció que le haría llegar otras “obrillas de diversión”.

<sup>84</sup> “En España ai un hombre, desconocido por su extravagante genio, pero hombre de bien i mui perito en cosas naturales. Se llama Don Antonio Capdevila. Le tratan con estimación algunos Físicos eminentes de Europa, porque se aprovechan dél para las cosas que han menester, i le regalan libros, que es lo que él quiere” (Mayans-Waddilove, 13-1-1778).

<sup>85</sup> “Mi larga edad, que ya va para los ochenta años, i mis ocupaciones continuas e indispensables no me permiten ser oficioso, como quisiera serlo, en estas i semejantes cosas. VI. me permita que yo me escuse de hacer lo que puede hacer qualquiera, i conténtese con mi buena voluntad” (Mayans-Waddilove, 27-6-1778).

<sup>86</sup> “Tengo que pedir noticias sobre la Historia natural, pero parece que hasta ahora se ha hecho tan poco caso de este estudio, que dudo poder lograr bastante instrucción” (Waddilove-Mayans, 9-1-1778).

Por los años en los que mantuvo relación con Darley Waddilove, Mayans recibió también los requerimientos de Mariano Reluz, hombre de negocios español establecido en Londres, donde se dedicaba a la compra y venta de libros.<sup>87</sup> En su carta del 26 de mayo de 1777, este librero se dio a conocer a Mayans con un doble propósito: formarse una clientela (para lo cual le remitía una lista de obras que se ofrecía a servir a precios competitivos, con el ruego de que la transmitiera a algún librero valenciano de su confianza) y recabar su consejo y ayuda para sus planes de edición en Inglaterra de clásicos españoles en latín. Buscando la aprobación de su interlocutor, Reluz presenta la empresa en su conjunto, más que como un simple negocio, como un ambicioso proyecto cultural encaminado a introducir en España obras inglesas e hispano-latinas que pudieran contribuir a mejorar el gusto literario, a su juicio corrompido desde el siglo XVIII.<sup>88</sup> Con estos objetivos, remitió a Mayans el "Prospectus" de una próxima edición inglesa del *Quijote* (probablemente la de John Bowle) y le consultó sus ideas para la publicación de las obras de Luis Vives, Juan Verzosa, la *Hispania illustrata* del jesuita holandés P. Andrés Escoto o las obras de su secretario y continuador Valero Andrés Taxandro, con el ruego de que Mayans ofreciera su opinión al respecto, añadiese otras sugerencias y le enviara los libros necesarios.<sup>89</sup>

El proyecto conectaba a la perfección con las inquietudes intelectuales de Mayans y con sus proyectos editoriales, realizados algunos y otros fracasados por falta de apoyo. Cabe recordar el papel primordial que el estudio y recuperación de los clásicos españoles del siglo XVI, en particular los humanistas, desempeñó en sus preferencias de lectura, en sus consejos a sus amigos y en sus trabajos editoriales, por razones, como ha señalado Mestre, no sólo de gusto literario (frente a las pautas barrocas, los humanistas como modelo para la depuración estilística tanto del latín como del castellano), sino también de afinidad con la religiosidad interior del humanismo cristiano y la mística del XVI (Erasmus, Vives, Fr. Luis de León, Arias Montano, Antonio Agustín, Fr. Luis de Granada, Teresa de Ávila...).<sup>90</sup> Mayans había elaborado y sometido en diversas ocasiones a editores españoles y extranjeros (los holandeses Gerardo Meerman o el conde de Linden, los ginebrinos

<sup>87</sup> La carta de Reluz y la respuesta de Mayans se conservan en BM-SM, caja 6811-1, legajo 547.

<sup>88</sup> "Yo soy recién llegado a este país, y en donde pienso establecerme para el comercio de libros (si nuestros españoles quieren sacar de aquí los muchos y buenos que se hallan) y sólo de aquéllos que puedan desterrar los más que se han usado en España después del siglo XVIII" (Reluz-Mayans, 26-5-1777).

<sup>89</sup> "V.S. que tiene el mayor conocimiento y discreción de todos nuestros autores debería apuntarme su idea, significarme lo más útil y mandarme lo hacedero, siendo excusables en mí los importunos deseos de ser instrumento de la empresa" (*ibidem*).

<sup>90</sup> A. Mestre, *Don Gregorio Mayans...*, op. cit., esp. pp. 265-273.

Cramer y Tournes o la Compañía de librerías e impresores constituida en Valencia en 1758) sugerencias para difundir el conocimiento y lectura de estos y otros autores.<sup>91</sup> A la altura de 1777, la petición de Reluz tenía probablemente para él un gusto agrí dulce. Le recordaba tanto sus iniciativas exitosas como las que habían fracasado y le brindaba la ocasión de exponer de nuevo sus ideas al respecto, proporcionándole esperanzas de ver algunas de ellas realizadas.

La respuesta de Mayans sobre el estado de las letras en España y el interés y viabilidad de las posibles reimpressiones trasluce la alegría de ver sus planes continuados con entusiasmo por un hombre más joven, pero también la tristeza por sus proyectos nonatos y por el papel de espectador y consejero, más que de activo contribuidor, a que su ya avanzada edad le obliga: "Quando yo estava en el vigor de mi edad hubiera podido contribuir con mi trabajo a las nobles ideas de Vm. Ahora que tengo setenta i ocho años cumplidos, únicamente puedo dar consejos, i celebrar los buenos deseos de Vm. de aprovechar al público, i especialmente de publicar de nuevo o de hacer reimprimir muchos libros de escritores españoles sepultados en el olvido"; "Si como soi fecundo de semejantes ideas hubiera yo tenido a mi disposición media docena de prensas, hubiera llenado el mundo de libros. Sin embargo, he hecho algo, i hago" (Mayans-Reluz, 1 julio 1777).

Sus amplias sugerencias retoman proyectos anteriores a la vez que anticipan alguna de las tareas que Mayans emprenderá todavía en los últimos años de su vida. Así, se ofrece a colaborar en una posible edición completa de Vives (magna obra que finalmente se realizaría en Valencia tras su muerte, entre 1782 y 1790, editada por su hermano Juan Antonio aunque inspirada y diseñada por él). Por lo demás, su proyecto ofrece la doble vertiente ya perfilada en anteriores propuestas a editores españoles y extranjeros: publicación, por una parte, de bibliotecas que ofreciesen un panorama sintético de la erudición española, y, por otra, de obras de los clásicos hispánicos más significativos. En el primer sentido, apoya la idea de corregir y ampliar la *Hispania illustrata* (1603-1608) de Escoto y le añade la *Hispaniae Bibliotheca* del mismo autor, obras ambas que constituyen las dos primeras colecciones críticas de textos históricos y literarios españoles y que Mayans, aun lamentando sus errores y la subjetividad de algunos de sus juicios, había utilizado ampliamente en sus trabajos eruditos y valorado como precursoras del enciclopedismo crítico español de Nicolás Antonio, Rodríguez o Ximeno.<sup>92</sup> Ahora bien, advirtió que se trataba de una edición complicada, que requería, para ofrecer resultados útiles y rigurosos, del in-

<sup>91</sup> *Ibidem*, pp. 228-229, 233, 250, 255 y 287-288.

<sup>92</sup> Sobre la valoración y uso de Escoto por parte de Mayans, véase Pablo Pérez García, "Gregorio Mayans y el humanismo crítico europeo", en *Actas del Congreso Internacional...* op. cit., pp. 573-624, esp. pp. 574 y 596-602.

tenso trabajo previo de un equipo de eruditos con autorización real para consultar archivos. Mayans también aconseja a Reluz que, habida cuenta del proyecto de edición de la *Bibliotheca Hispana* por la Real Biblioteca (que no vería la luz hasta 1783-1788), escogiera para publicar otras obras inéditas de Nicolás Antonio: sus bibliotecas griega, latina y *varia linguarum*.<sup>93</sup> También incluyó en su lista obras de García Matamoros (*De asserenda hispaniorum eruditione*, más tarde publicada por Francisco Cerdá y Rico), Frankenau (*Bibliotheca Hispanica Historico-Genealogico-Heraldica*, 1724) y Juan Lucas Cortés (*Sacra Themidis Hispaniae arcana*, 1708, obra publicada por Frankenau en su nombre, de la que Mayans descubrió a su verdadero autor), así como un *Catalogum clarorum Hispaniae scriptorum* (1609) y el avance del catálogo de su propia biblioteca (*Specimen bibliothecae Hispano-maiansianae*), publicado en Hannover en 1753.

“Esta sería una utilísimas junta de historias literarias pertenecientes a España, i mui fácil de ejecutar, con algunas [consideraciones]”, advierte Mayans, quien a continuación pasa a detallar otra serie de obras de interés: la edición completa de las obras de Antonio de Nebrija y de Pedro Juan Núñez, trabajos del marqués de Mondéjar (como su correspondencia latina), la traducción del *Thesoro compendiario de la lengua latina* de Robert Ainsworth (obra, como sabemos, que le había sido proporcionada por el británico Visme), para remediar la carencia de un buen diccionario latino-español, ya denunciada por Vives, las epístolas de Juan Verzosa, el anónimo oriental *Ejemplario contra los engaños y peligros del mundo*, traducido al castellano en 1547 a partir de la versión latina. Se trata, en suma, de una propuesta que entronca con los proyectos intelectuales largamente acariciados por Mayans y con las sugerencias formuladas años antes a otros editores, actualizándolas a base de omitir aquellas obras ya editadas por él mismo o por alguno de sus discípulos y contemporáneos, y de advertir sobre los proyectos en curso.<sup>94</sup> Además, proporciona a Reluz consejos prácticos para

<sup>93</sup> Sobre este proyecto y sobre el conflicto de Mayans con la Real Biblioteca por el rumor de que el erudito había proporcionado manuscritos inéditos allí custodiados para una edición de Nicolás Antonio en Leipzig, véase A. Mestre, *Don Gregorio Mayans...*, op. cit., pp. 295-296.

<sup>94</sup> Por ejemplo, la lista de *Bibliothecae* españolas remitida a los hermanos Cramer el 10 de febrero de 1748 incluye las obras de Nicolás Antonio, García Matamoros, Taxandro (sobre el que Mayans no hace ningún comentario en la respuesta a Reluz, aunque éste se lo había sugerido), Pellicer, Frankenau y Juan Lucas Cortés. Mayans a Cramer, 10-2-1748, en G. Mayans, *Epistolario XII. Mayans y los libreros*. Ed. de A. Mestre. Valencia, 1993, p. 262. Asimismo, con los hermanos Tournes discutió la posibilidad de editar a Nebrija, Vives, Pedro Juan Núñez, entre otros; aquéllos se decantaron por la edición de las *Opera omnia* de Sánchez de las Brozas (Ginebra, 1766), autor que, por esta razón, no aparece en la propuesta a Reluz. En 1767 un discípulo de Mayans, Cerdá y Rico, había publicado las obras de García Matamoros, iniciativa en la que Mestre ha apreciado la influencia de Mayans, como también en el proyecto posterior de Cerdá, la edición de *Clarorum hispanorum opuscula selecta et*

evitar problemas con la censura, que había prohibido la introducción en España de libros en castellano impresos en otro país: proceder con prudencia y cautela y procurar la suscripción de personajes ilustres, como los príncipes de Asturias y algunos Grandes de España.<sup>95</sup> La correspondencia no tuvo, al parecer, continuidad tras esta respuesta, y no tenemos noticias de que las intenciones del librero, aconsejado por Mayans, llegaran a materializarse. Se trató, una vez más, de un proyecto fracasado pero que confirma que, hacia el final de su vida, el erudito continuaba, aunque con una actitud más desengañada, albergando deseos y esperanzas acerca de la edición de los clásicos hispanos.

Más inmediata y tangible era la otra propuesta de Reluz, la de servir desde Londres libros eruditos de interés para el público español. Así, Mayans formula en la misma carta un pedido de 4 libros (entre ellos la Biblia española impresa en Ferrara en 1553) y aprovecha la deferencia de Reluz para proponerle no pagar en efectivo sino canjearlos por otros suyos. Le anuncia el envío de tres ejemplares de 8 de sus obras y de otra de su hermano Juan Antonio, rogándole que entregue de cada una de ellas un ejemplar a la Royal Society para su examen crítico, conserve los otros en pago de su encargo y le pida ejemplares adicionales para comercializarlos en Londres. De ese modo, Mayans pretendía a un tiempo la difusión de sus trabajos y la ampliación de su biblioteca sin excesivo desembolso: poco podía imaginar que, años después de su muerte, parte de sus fondos llegarían a venderse en Inglaterra a través del ex-diputado del trienio liberal Vicente Salvá, fundador en 1825 de la Librería Clásica y Española en Londres.<sup>96</sup>

Aunque desconocemos la contestación de Reluz a esta propuesta, sabemos que algunas de las obras de Mayans contenidas en ese envío se difun-

*rioriora*. una colección de tratados del humanistas del XVI inéditos o raros, de la que sólo aparecería un volumen en 1781 (A. Mestre, *Don Gregorio Mayans...*, op. cit., pp. 360-361).

<sup>95</sup> “Yo huve de valerme de la autoridad del Sr. Conde de Aranda, entonces presidente del Supremo Consejo de Castilla, para introducir las obras del Maestro Francisco Sánchez de las Brozas por las pocas que contienen escritas en español, que se consideran como accesorias de las latinas. Es menester pues que los comerciantes de libros procedan cautamente hasta que dicha prohibición no tenga fuerza por algunos justos respetos” (Mayans-Reluz, 1 julio 1777).

<sup>96</sup> Las obras ofrecidas son: *Gramática de la lengua latina* (1768-1770), *Constituciones que han de observar los maestros de Latinidad que elegiere la villa de Oliva* (1770), *Tereniana o Arte métrica* (1770), *Publio Mayansiano* (es decir, *Vida de Publio Virgilio Marón, con la noticia de sus obras traducidas en castellano*, 1778), *Oración de acción de gracias a la divina sabiduría* (1742), *Idea de un diccionario universal ejecutada en la jurisprudencia civil* (1768), *Defensa del rey Witiza* (1772), *Organum rhetoricum et oratorium concinnatum ex Arte rhetorica Aelii Antonii Nebrissensis cum notis Gregorii Maiansii* (1774), *Ilicis, hoy villa de Elche, ilustrada con varios discursos* (de Juan Antonio Mayans, 1771), *Reglas de ortografía de la lengua castellana* de Nebrija, con anotaciones de Mayans. Sobre la venta de los libros de Mayans en Londres, véase G. Sánchez Espinosa. “Los libros españoles...”, op. cit., p. 205.

dieron entre diplomáticos y eruditos por mediación de Bernardo Belluga. Establecido recientemente en Londres, este joven, que se decía discípulo y favorecido de Mayans en su carta del 27 de marzo de 1778, presentó a la Royal Society ejemplares de la *Gramática*, la *Métrica* y la *Retórica* y transmitió al autor el agradecimiento de la institución, en una breve nota manuscrita de su director, John Pringle.<sup>97</sup> En otra carta del 1 de julio informa a Mayans del destino que ha dado a otros volúmenes, obsequiados al propio Pringle, al encargado de los negocios españoles en Londres, Francisco Escarano, y a un “sabio latino”, dejando en poder de un librero del Strand dos ejemplares de la *Métrica* y la *Retórica*. Reparto que Belluga justifica por su afán de dar a conocer en Inglaterra las letras españolas: “es justo que conozcan aquí nuestras obras, y deseo que al público inglés resulten algunas ventajas de la literatura española, puesto que a nosotros nos resultan tantas de la inglesa” (Belluga-Mayans, 1 de julio de 1778). A su vez, se disculpa por no poder ofrecer a su interlocutor, como era de rigor en la correspondencia erudita, una síntesis del estado de las letras en el país visitado, pues lo desaconsejaba la coyuntura política (en plena guerra de independencia de las Trece Colonias, apoyadas por España y Francia contra Inglaterra).<sup>98</sup> Sin embargo, su reconocimiento hacia Mayans, a quien consideraba “mi Maestro y Padre General de la República literaria de España” y autor de gran influencia sobre las “colonias valencianas” dispersas por España, le hacen sobrevalorar al parecer su conocimiento y aprecio en Gran Bretaña, pues las expresiones meramente cortesés con que se agradecieron los obsequios librescos sugieren que su obra distaba de ser ampliamente conocida por el público inglés.<sup>99</sup>

En conjunto, las cartas de Belluga, además de informarnos sobre la difusión de las obras de Mayans, confirman que los eruditos se preocupaban intensamente por la proyección exterior de su trabajo y tomaban iniciativas para obtener el reconocimiento de los hombres de letras de otros países, sirviéndose en muchos casos de vínculos de origen territorial o de lazos de amistad, dependencia y obligación establecidos entre iguales o entre maestros y discípulos. Muestran, asimismo, la actitud de un joven hombre de le-

<sup>97</sup> Se conservan dos cartas de Belluga a Mayans desde Londres, junto con la nota de Pringle y su traducción al castellano, en BM-SM, caja 6807-1, leg. 59.

<sup>98</sup> “...Aprovechándome de esta ocasión yo bien quisiera darle alguna noticia del estado actual de las ciencias en este Pays, pero a más del corto tiempo que lo habito, las presentes políticas circunstancias no me permiten describirla” (Belluga-Mayans, 1-7-1778).

<sup>99</sup> Así, al agradecerle la ocasión de servirle difundiendo sus libros, añade: “Porque en efecto, quando yo no me hallara tan especialmente favorecido de V.S. esta sería una obligación debida a su sabiduría y anelo de comunicarla, con la qual, formando las colonias valencianas que se han establecido por toda España, se estiende y difunde a beneficio del trabajo de V.S., y que hace que sea respetada aun entre las naciones que se creen solas dotadas con el talento de saber” (Belluga-Mayans, 27-3-1778).

tras establecido en un país extranjero, mezcla de avidez por conocer la cultura del lugar de acogida, de consciencia del atraso de su país y de sentimiento latente de agravio por la escasa consideración de que, a juicio de muchos eruditos españoles, gozaban las letras españolas en la Europa más avanzada.

Entre 1778 y 1779 Mayans mantuvo también correspondencia con el barón Talbot Dillon, a quien había conocido personalmente con motivo del viaje de éste a España.<sup>100</sup> Fue el noble irlandés quien inició el intercambio epistolar con una carta en castellano escrita el 25 de septiembre de 1778 desde su país, agradeciéndole las atenciones recibidas en su visita y dándole cuenta del estado de los encargos de Mayans: conseguir las poesías de Alofraso impresas en Londres y averiguar el uso de unas tablas astronómicas confeccionadas por el librero Bordazar, de las que deseaba servirse en sus investigaciones sobre la edad de Cristo. El 2 de enero del año siguiente Mayans, tras excusarse del retraso, debido a una enfermedad, alaba la corrección y elegancia del castellano de Talbot Dillon (aunque, en su línea habitual, no omite corregirle algún error), le agradece su aprecio de sus “obritas castellanas” y confía en que leerá también otras que considera de mayor importancia: la Filosofía moral o la Vida de Virgilio; también le confiesa su deseo de publicar las poesías de Fray Luis de León, “que a mi juicio es el mejor poeta español”.<sup>101</sup>

En su siguiente carta, de 31 de mayo de 1779, Dillon lamenta no poder responder a sus dudas sobre las tablas astronómicas, a pesar de haberlas consultado con amigos eruditos, y le comunica que está preparando la traducción al inglés de la *Historia natural y geografía física de España* de William Bowles (publicada en castellano en 1775), que promete enviarle, a la vez que le informa de los avances del reverendo John Bowle en su edición del *Quijote*, que espera se convierta en una obra de referencia para el estudio de la lengua española.<sup>102</sup> Asimismo, agradece a Mayans el ofrecimiento de sus obras latinas y le indica cómo hacérselas llegar. En estas cartas, tanto como en los relatos de viaje de Dillon y en las referencias de Mayans a él en su correspondencia con terceras personas (en particular con

<sup>100</sup> La correspondencia entre Mayans y Talbot Dillon se conserva en BM-SM, caja 7272-44, leg. 11.352.

<sup>101</sup> Como es sabido, en 1761 habían aparecido en Valencia las *Obras propias y traducciones del latín, griego y toscano con la Paráfrasi de algunos salmos y capítulos de Job* de fray Luis, en edición de Vicente Blasco, siguiendo la idea de Mayans. Ello marcó el inicio de la recuperación literaria de este autor, de quien se publicarían otras tres ediciones de las poesías (en 1785, 1790 y 1791), 4 de *La perfecta casada*, 3 de *De los nombres de Cristo*, además de otras obras, entre esa fecha y finales del siglo XVIII.

<sup>102</sup> Para la empresa de realizar una geografía física de España se contrató, por consejo de Antonio Ulloa, al irlandés William Bowles, que durante años se dedicó a recorrer la monarquía. Fruto de sus viajes e indagaciones fue su *Introducción a la historia natural y a la geografía física de España* (1775). John Bowle publicó la *Historia del famoso caballero Don Quijote de la Mancha... Con anotaciones, índices y varias lecciones*. Salisbury, 1781.

Almodóvar), se trasluce el trato cordial y la afinidad intelectual existente entre el noble inglés y los hermanos Mayans.<sup>103</sup> Más allá del obligado agradecimiento por las atenciones de éstos, Dillon, hombre de gustos humanísticos y eruditos, aprecia las obras de Gregorio Mayans, de las que se dice asiduo lector, y de Juan Antonio, a quien califica de “muy versado en las cosas antiguas y al mismo tiempo buen crítico, objeto principal en estos asuntos, y que raramente se encuentra”.<sup>104</sup> Profundamente interesado por la cultura española, halló en Gregorio Mayans un interlocutor con quien compartir su satisfacción por la aparición en Inglaterra de ediciones y traducciones y de quien recibir libros y noticias, a la vez que le correspondía buscando para él obras impresas en su país o consultando dudas eruditas.

En conjunto, la correspondencia de Mayans con autores británicos o españoles establecidos en Inglaterra, llena de intercambios de libros y datos, monedas e inscripciones, confirma su ya conocida imagen, por una parte, como un erudito solicitado por los hombres de letras de otros países, fundamentalmente para contrastar y ampliar sus conocimientos sobre historia y literatura española, y a través del cual entraron en contacto con otros autores españoles pasados y presentes. Por otra, como un corresponsal que utilizó, desde su retiro en Oliva, su amplia red de relaciones epistolares para surtirse de libros y mantenerse informado acerca de aquellos aspectos de la cultura europea que más le interesaban, y desplegó esfuerzos para promocionar en el extranjero sus obras y su nombre. Su ignorancia del inglés no impidió los contactos, que se desarrollaron en francés (por parte de Visme), en latín (en algunas de las cartas intercambiadas con Clarke) y en muchos casos en castellano, por ser sus corresponsales buenos conocedores de la cultura hispana que habían desempeñado cargos o realizado estancias en este país. Si limitó su acceso a los libros ingleses, lo que Mayans lamentaría, consciente de la singular aportación de Inglaterra a la cultura europea en los siglos XVII y XVIII: “Harto siento yo no aver aprendido siendo joven esta lengua que contiene tantos i tan estimables libros”.<sup>105</sup>

<sup>103</sup> “Al señor canónigo he de merecer a V.S. me haga el favor de presentarle mil memorias y expresiones, acordándome siempre de los gustosos ratos que pasé en casa de V.S. en tal amable compañía favorecido por ambos hermanos y regalado con preciosísimos libros que estimo como la parte más selecta de mi biblioteca y me ocupo actualmente de leerlos” (Talbot Dillon-Mayans, 25-9-1778).

<sup>104</sup> “Si hallo tal qual facilidad en expresarme en esa Ydioma la atribuo enteramente a mi letura y afición a las eloquentes obras de D. Gregorio Mayans, pues de muchos años pasados pocos son los días que sea por la mañana o la tarde no leo algún capitulo en ellos” (Talbot Dillon-Mayans, 25-9-1778). El elogio a la *Illice* de Juan Antonio Mayans está contenido en la carta siguiente, de 31-5-1779.

<sup>105</sup> Mayans-Darley Waddilove, 6-4-1776. “Il vous serait d’une plus grande utilité”, escribió Visme a Mayans a propósito del diccionario de Ainsworth, “si vous occupations vous avoient permis de cultiver notre langue” (Visme-Mayans, 21-7-1767).

El erudito trató de suplir esa laguna de sus conocimientos, a la vez que mostró interés por favorecer el aprendizaje del inglés en España y el castellano en Inglaterra: en septiembre de 1761, rogó a Plüer que le enviara a través de Capdevila el diccionario anglo-español e hispano-inglés de Pineda, y en 1777 propuso a Reluz publicar en tres versiones (castellana, inglesa y bilingüe), con fines pedagógicos, el texto medieval *Ejemplario de los peligros del mundo*. Su desconocimiento del idioma no fue óbice para que apreciara los trabajos latinos de los eruditos ingleses escritos: así, valoró el diccionario latino-inglés de Ainsworth, conseguido a través de Visme, hasta el punto de sugerir a Reluz su traducción para obtener a partir de ella el diccionario castellano-latino tan necesario para los estudios humanísticos en España. Visme le proporcionó, asimismo, gramáticas latinas, entre ellas las de Ruddiman y Praat; Robertson le envió la obra del obispo Lowth *De sacra poesi hebraeorum*, mientras que el intercambio epistolar con Clarke le dio a conocer los trabajos de John Taylor, erudito amigo del capellán.

Por lo que respecta a la difusión de su obra y su nombre en Inglaterra, Mayans fue conocido allí fundamentalmente como autor de la *Vida de Cervantes* anexa al *Quijote* patrocinado por Lord Carteret, lujosa edición que, por sus características, debió circular entre un público restringido y selecto. También lo fue, en cierta medida, por el público más amplio y diverso de la literatura de viajes, a partir de las referencias que viajeros a España como Clarke y Talbot Dillon realizaron a su obra y su persona, si bien cabe señalar que las obras de éstos no alcanzaron la popularidad de otros relatos posteriores como los de Baretti o Townsend. En círculos vinculados a la diplomacia o al negocio del libro, las buenas relaciones personales de Mayans con diplomáticos u hombres de letras ingleses explican que algunos lo considerasen “favorecedor de su nación” (Reluz a Mayans, 26 mayo 1777), y el propio Mayans y sus amigos, como Keene o Belluga, no escatimaron esfuerzos para difundir su obra, haciendo llegar libros a librerías, diplomáticos y eruditos e incluso a la Royal Society.

Sin embargo, todo induce a pensar que Mayans no gozó en Gran Bretaña de una fama en absoluto comparable con la que tuvo en Italia, según testimonios de Finestres, Pérez Bayer o Ponz en los años 1750 y 1760, en Holanda, a través de su colaboración con Meerman, o en el ámbito alemán, donde la publicación del *Specimen bibliothecae Hispano-maiansianae* (1753) y de la *Maiansii vita* (escrita por el propio Mayans pero publicada por Strodtmann en 1756), el nombramiento como socio honorario de la Academia Latina de Jena (1754) o el vínculo con la Universidad de Göttingen le aseguraron un lugar relevante en la consideración de los eruditos.<sup>106</sup> Esta limitada difusión se debe, por una parte, a la escasa presencia que, incluso en medios eruditos, tuvo en Inglaterra la cultura española con ante-

<sup>106</sup> A. Mestre, *Don Gregorio Mayans...*, op. cit., pp. 221-263.

rioridad al siglo XIX, cuando el viaje a España y la curiosidad hacia su pasado y su presente se convirtieron en auténticas pasiones románticas que difundieron una imagen literaria y orientalizada del país. Por otra, tiene que ver con su programa intelectual y su concepción de la cultura y de su propio papel como hombre de letras.

En efecto, en la encrucijada planteada en el siglo XVIII entre dos tipos de método, crítico-erudito o divulgativo (como ha señalado Mestre) o, en un sentido más amplio, entre dos actitudes hacia la cultura (según Álvarez Barrientos), Mayans se sitúa claramente en la línea de raigambre humanista, que toma como interlocutor al público erudito y contempla el pasado clásico o los modelos del Siglo de Oro como moldes en los que verter una restaurada cultura literaria, frente a quienes, con una voluntad pedagógica y divulgativa, se dirigen a una audiencia más amplia adoptando nuevos vehículos: el ensayo, la prensa periódica, el compendio o el diccionario.<sup>107</sup> Así, la obra de Mayans y la de sus discípulos se han considerado la culminación tardía del movimiento crítico español, cuando en Europa éste había iniciado ya desde la segunda mitad del siglo XVII un declive que se haría patente a partir de los años 1720 en la superación del proyecto crítico humanista por la Ilustración.<sup>108</sup> Mayans optó por cultivar ese modelo, en retroceso en la Europa más avanzada, distanciándose expresamente de la modernidad del racionalismo ilustrado.

No estaba solo: en países como Holanda, el mundo germánico y, en cierta medida, Inglaterra, halló sus interlocutores en aquellos medios académicos y culturales más aferrados a la tradición humanística y erudita, contra las tendencias racionalistas en ascenso y también frente a la creciente ampliación y popularización del mercado literario. Así, los hombres de letras con los que Mayans se relacionó (con la excepción de Robertson, vinculado a la historia filosófica escocesa) no se adscriben, por gustos y estilo, a las tendencias literarias más novedosas y de mayor éxito en el dinámico mundo de la edición y la lectura en la Inglaterra del siglo XVIII. Tampoco representan a la vanguardia intelectual y política de su país, que puede hallarse más bien en los círculos, con frecuencia conectados, de la burguesía radical y de la disidencia religiosa de cariz racionalista y deísta.<sup>109</sup> Fueron diplomáticos y clérigos de indudable curiosidad intelectual con ciertos rasgos comunes: el afán erudito, la pasión anticuaría, el interés por la Historia tanto clásica como reciente. Les unió el cultivo de la erudición por sí misma, el culto al pasado, la adopción, en muchos casos, del latín no sólo como vehículo práctico de comunicación internacional, sino también como signo distintivo del intercambio entre hombres doctos (caso

de Clarke), frente a los lectores no cultivados y a los modelos literarios más modernos (representados, por ejemplo, por Visme).

Cabe recordar que la erudición de raíz humanística tenía en ambos países, a la altura del siglo XVIII, unas implicaciones y un significado distinto. En España, la debilidad de esa tradición erudita que, con origen en los humanistas de los siglos XV y XVI (Nebrija, Vives, el Brocense, Fray Luis de León...), se había visto casi interrumpida por la Contrarreforma (salvo el frágil hilo que representan Arias Montano, Escoto, Nicolás Antonio, Mondéjar, Martí) permite entender los problemas del criticismo histórico-erudito con la censura del gobierno y explica también que intelectuales como Mayans continuasen contemplando la edición, difusión y estudio de los clásicos del siglo XVI y la potenciación de la erudición crítica (junto con una asimilación limitada y selectiva de la cultura europea contemporánea) como guías para la reforma cultural. En Inglaterra, por el contrario, la tradición erudita era vigorosa y el gusto por lo clásico estaba normalizado e incorporado a los hábitos culturales cotidianos, careciendo, por lo general, de implicaciones críticas desde el punto de vista intelectual. En cualquier caso, los desarrollos más avanzados de la cultura discurrían ya en Inglaterra (y también hasta cierto punto en España, en los círculos ilustrados más radicales), en los últimos años de la vida de Mayans y de su correspondencia con hombres de letras británicos, más allá de esos cauces.

#### 4. EL FANTASMA DE LA LIBERTAD: EL VIAJE A INGLATERRA DE ANTONIO PONZ

De la afinidad de los ilustrados españoles moderados con algunos aspectos de la cultura británica contemporánea (en general los más clasicistas y humanistas, cuando no los técnicos) testimonia la experiencia y el relato del viaje a Inglaterra por parte de otro hombre de letras valenciano, amigo y corresponsal de Mayans aunque perteneciente a una generación más joven: Antonio Ponz (1725-1792), conocido como impulsor de los criterios artísticos neoclásicos y como autor del *Viaje de España*. Aunque graduado en Teología en la Universidad de Valencia e investido con las órdenes menores, su vocación temprana por las Bellas Artes lo llevó a formarse en Valencia y Madrid y entre 1751-59 en Italia, donde se forjó definitivamente su talante de hombre de letras y crítico de arte de gusto academicista. Allí entabló amistad con Pérez Bayer, quien despertó su interés por las antigüedades, la epigrafía y numismática y las lenguas semíticas y le apoyó a su regreso a España. Con esa y otras ayudas, consiguió en la Corte diversos encargos, entre ellos, tras la expulsión de los jesuitas, la misión de inventariar el patrimonio artístico de la Compañía para su incorporación a las colecciones reales. De esa labor surgió su obra más importante, el célebre *Viaje de España*, considerado el primer catálogo histórico-artístico español y publica-

<sup>107</sup> J. Álvarez Barrientos, "Gregorio Mayans (1699-1781), hombre de letras" en *Actas del Congreso Internacional...*, op. cit., pp. 239-249.

<sup>108</sup> P. Pérez García, "Gregorio Mayans..." , op. cit.

<sup>109</sup> Kurt Haakonssen (ed.), *Enlightenment and Religion*. Cambridge, 1996.

do en 18 tomos entre 1772 y 1794. El éxito de esta minuciosa descripción de los monumentos y antigüedades del país le granjeó la admisión en la Academia de la Historia y en diversas Sociedades Económicas y, sobre todo, el nombramiento en 1776 como secretario de la Academia de Bellas Artes de San Fernando, presidida por Mengs. Su fama en Europa le abrió, asimismo, las puertas de otras instituciones eruditas, como las de los Arcades y San Lucas de Roma o la Sociedad Anticuaria de Londres.

La celebridad del *Viaje de España*, reeditado en el propio siglo XVIII, traducido a varias lenguas y convertido en fuente principal de información sobre el patrimonio artístico español para eruditos nacionales y viajeros foráneos, ha eclipsado a otras de sus obras. Es el caso del *Viaje fuera de España*, relato del itinerario realizado durante 6 meses en 1783 por Francia, Inglaterra y las Provincias Unidas, que se publicó en dos tomos en 1785 y gozó de un éxito notable, siendo reeditado en 1791-92.<sup>110</sup> De estilo epistolar, consta de 12 cartas, precedidas de un largo prólogo en el que Ponz, siguiendo las convenciones del género, explica sus razones: mostrar a sus compatriotas noticias sobre otros países que puedan despertar la emulación y convertirse en incentivos para la reforma del país y exponer a la luz pública las tergiversaciones y falsedades de las descripciones de España por los viajeros ingleses y franceses, lo que le sitúa del lado de la corriente apologética moderada en el debate sobre el papel de la cultura española en Europa.<sup>111</sup> El viaje por Inglaterra ocupa las cartas 9ª a 12ª del primer tomo y las tres primeras del segundo, en total más de 200 páginas en las que se describe la ciudad de Londres y el recorrido circular por la zona meridional del país: Oxford, Bristol, Bath, Salisbury o Portsmouth.

Ponz dice apartarse del objetivo y estilo de aquellos viajeros que en sus relatos se detienen de forma particular en analizar y juzgar las costumbres, organización política y moral de los países visitados.<sup>112</sup> Como corresponde a su formación, sus ocupaciones y la experiencia previa de su *Viaje de España*, él, por el contrario, consagra su mayor atención a cuestiones artísticas y monumentales. En este aspecto, y aunque describe de forma minuciosa edificios, ruinas, estatuas y colecciones pictóricas, halla en la tradición artística inglesa poco que admirar o que deje en mal lugar el patrimonio de

<sup>110</sup> Antonio Ponz, *Viaje fuera de España, por. D...., Secretario de la Real Academia de San Fernando...dedicado al Príncipe nuestro señor*. Madrid, Ibarra, 1785, 2 vols. (ed. facsímil: Madrid, 1970). Señaló ya en 1936 el olvido de esta obra Rodney Hilton, "Antonio Ponz en Inglaterra", *Bulletin of Hispanic Studies*, vol. XIII (1936), pp. 115-131.

<sup>111</sup> En particular, muestra su indignación por los relatos del italiano P. Caimo, los británicos Clarke y Swinburne y el francés *Voyage de Figaro*.

<sup>112</sup> "Como yo no he venido a juzgar de los hombres, particularmente en materias políticas y morales, dexo este punto a otros que tengan capacidad de discernir y genio de murmurar, ciñéndome en lo posible a los límites de curiosidad en los ramos acostumbrados hasta ahora" (A. Ponz, *Viaje...*, op. cit., I, p. 61).

su propio país. Su conclusión fundamental es que el desarrollo de las artes no ha ido parejo en Inglaterra, al menos hasta tiempos recientes, con su prosperidad económica, atraso que como católico atribuye, en buena medida, al escaso esplendor del arte sacro en la tradición protestante y en particular a la destrucción de imágenes religiosas bajo el régimen puritano.<sup>113</sup> En este sentido, la producción pictórica, escultórica y arquitectónica del país despierta escaso entusiasmo en Ponz, que insiste una y otra vez en la desnudez de las iglesias y la mediocridad de unos pintores y escultores muy inferiores, a su juicio, a los artistas españoles, franceses e italianos. Sí tiene, en cambio, palabras muy elogiosas hacia la arquitectura moderna, cuyo clasicismo y monumentalidad en la erección de edificios privados (palacios nobiliarios) y públicos (dependencias gubernamentales, iglesias y también templos de la actividad comercial y financiera, como la Bolsa o el Banco de Inglaterra) coincide con los gustos neoclásicos de Ponz, quien consigna con aprobación: "aquí se ha tomado de Vitruvio y de la antigüedad lo que han hecho" (I, p. 349).

La Antigüedad como modelo para la reforma del estilo arquitectónico constituyó un paradigma muy extendido en la Inglaterra georgiana y admirado por Ponz, quien alaba la magnificencia y gusto clasicista de los nobles que tanto en la ciudad como en sus residencias campestres (Wilton House, Chiswick, Sion House...) han adoptado y difundido modelos paladianos (I, pp. 336-341, 359-362 y II, pp. 19-20). En el caso de Londres, la historia había ofrecido una ocasión singular para que la nueva arquitectura clasicista se impusiera en la planificación urbana: el incendio de 1666, que destruyó gran parte de la capital y que un observador como Ponz, de criterios estéticos geométricos y racionalistas, valora de forma positiva, en cuanto que permitió a la ciudad renacer desde sus cenizas con una remozada imagen monumental y un nuevo perfil de calles bien trazadas y pavimentadas (II, 43 y 51).

Elogiosos son también sus comentarios sobre las instituciones culturales del país: en primer lugar aquellas de remota tradición, como la Bodleian Library o los *colleges* de la Universidad de Oxford, cuya magnificencia gótica y riqueza en fondos bibliográficos describe de forma pormenorizada. Pero también las fundadas en los siglos XVII y XVIII: la Royal Society, a una de cuyas sesiones asistió para "conocer mejor la importancia y seriedad de este útil establecimiento", la Sociedad de Anticuarios o la Academia de Pintura, Escultura y Arquitectura de reciente fundación, el Museo Británico o el Ashmolean de Oxford, de los que consigna sus riquísimos fondos de antigüedades e historia natural, sin dejar de mencionar que tuvieron origen

<sup>113</sup> "Todo el mundo conoce, distingue, admira y paga las manufacturas inglesas, como superiores a las de las otras Naciones. Con todo eso, en las obras de las bellas artes no puede gloriarse hasta ahora de igual superioridad, ni aun de haber llegado a otras Naciones, sin embargo de la pasión que manifiestan a ellas los Señores" (A. Ponz, *Viaje...*, op. cit., II, p. 93).

en colecciones privadas de aristócratas y profesionales acomodados, como el médico John Sloane (I, pp. 264-277; II, 24-25, 53-54).

Del mismo modo que al elogiar el gusto arquitectónico de los nobles (que cuentan esa disciplina en su educación, según consigna con entusiasmo) o al describir bibliotecas particulares tan nutridas y selectas como la de Blenheim Palace, Ponz se muestra aquí admirado por la educación de la aristocracia y las élites profesionales inglesas y por el papel cultural que éstas ejercen en el país a través de sus prácticas de mecenazgo artístico y su pasión por el coleccionismo de cuadros, estatuas y antigüedades: “en muchas de [sus casas] se encuentran famosas colecciones de pinturas, de estatuas antiguas y modernas, con otros monumentos singulares de la antigüedad: tienen curiosos gabinetes, bibliotecas, colecciones de medallas, de estampas, de dibujos” (II, p. 66). “Semejante gusto se ha introducido generalmente en todos los grandes Señores, que a competencia han traído de todas partes a su patria quanto han podido encontrar, sin pararse en gastos, particularmente en Italia, relativo a los monumentos de la antigüedad y de las bellas Artes, y quando no han podido con las obras originales, han hecho copiarlas por los Artífices más acreditados” (I, pp. 320-321).

Aunque la descripción artística y el juicio estético constituyen el hilo conductor del *Viaje fuera de España*, sus reflexiones llevan con frecuencia a Ponz a valorar también otros aspectos del país visitado. En el caso de Inglaterra, la admiración por su prosperidad económica y comercial constituye una constante que reaparece página tras página, impregnando desde las descripciones arquitectónicas a las impresiones paisajísticas. La feracidad y cuidado de los campos, los avances técnicos (como la bomba de agua), la intensidad del tráfico comercial, tanto interior como internacional, la abundancia y calidad de las manufacturas (“El valor de lo que se fabrica cada año en Inglaterra es cosa que admira”) despiertan comentarios admirativos en un ilustrado muy consciente de la supremacía británica como centro mundial de comercio, en virtud de su dinamismo económico y de un agresivo mercantilismo orientado a obtener de su imperio colonial beneficios que los escritores reformistas españoles (desde los arbitristas del siglo XVII a los ilustrados) compararon ventajosamente con los de la colonización española: “Los ingleses han dado la ley como han querido a las demás Naciones, sujetándolas a las leyes que tienen en sus Aduanas” (II, p. 78; I, pp. 250-265, 297, 364).

En particular, la contención y medida de Ponz se desbordan en intensa fascinación por Londres, ciudad que había comenzado en el siglo XVIII el espectacular crecimiento que proseguiría en época victoriana: admira su abundante población (“el número de sus habitantes, ¿quién lo sabe?”), la extensión de su área metropolitana y su influencia en el campo circundante, su condición de emporio comercial, visible en la omnipresencia del consumo (“infinitas tiendas de todo género de mercancías”), el atractivo de sus innumerables espacios de ocio, diversión y sociabilidad (II, pp. 1, 22, 67, 71).

Sus descripciones de las diversiones públicas de Londres (los teatros, los jardines de Richmond y Kew, los espectáculos de Ranelagh y Vauxhall...) y, sobre todo, de Bath, la célebre ciudad balneario que en el siglo XVIII se convirtió en centro de moda para tratamientos termales, reuniones de la buena sociedad y actividad comercial, siendo en todos los sentidos un símbolo de la “inglesa opulencia”, son significativas de una fascinación que va más allá de describir con elogio sus facetas arquitectónicas y artísticas. El relato admirativo de Ponz abarca tanto el elegante urbanismo y la monumentalidad de los edificios como el dinamismo del comercio y el bullir del trato social (I, pp. 301-309, 365-369; II, pp. 55-57, 63-64). Cafés, teatros y bailes, lugares de reunión de selectas concurrencias, se muestran, junto con las armoniosas proporciones de los edificios clasicistas que las albergan (el Royal Crescent de Bath, el Panteón de Londres), como la expresión de una próspera economía comercial, de una sociedad elitista y refinada y de una cultura hedonista: “Por fin en esta ciudad, que es bien original, parece que han ido estudiando todos los medios de gastar el dinero, pero siempre con el objeto de atraer con estos caudales otros más considerables que dexan los concurrentes a ella, cada vez más apasionados a esta mansión deliciosa y libre”.<sup>114</sup>

“Esta mansión deliciosa y libre”: la aguda expresión con la que Ponz caracterizó la ciudad de Bath define al mismo tiempo, de forma más general, su percepción de la cultura y la sociedad inglesa, en la que la prosperidad comercial había propiciado un reciente e intenso desarrollo intelectual, artístico y arquitectónico. Sin embargo, la “libertad inglesa”, en su dimensión social y política, tenía para él implicaciones distintas y más negativas. Por sus propios intereses culturales, centrados en lo artístico, y quizá también por prudencia, Ponz advierte hacia la mitad del tomo segundo que renuncia a tratar asuntos políticos y despacha su referencia a la constitución inglesa con calificativos tan tópicos en la literatura de viajes como poco descriptivos y nada arriesgados: “singular” y “curiosa” (II, p. 102). No obstante, a esa altura de su obra su postura política ya ha quedado bastante patente a través de juicios y críticas reiterados. Ponz valora el espíritu patriótico de los ingleses, que considera adecuadamente infundido desde el gobierno (por ejemplo, con el despliegue de una estatuaría propagandística), pero también sentido y practicado por los particulares a través de un sistemático patrocinio de obras públicas, establecimientos culturales o instituciones caritativas que le merece los más encendidos elogios y lamenta no esté extendido de igual modo en España.<sup>115</sup> Sin embargo, su valoración

<sup>114</sup> *Ibidem*, I, p. 309. Véase Roy Porter y Marie M. Roberts (eds.), *Pleasure in the Eighteenth Century*. Londres, 1996.

<sup>115</sup> “Estas generosidades no son tan frecuentes en otras partes como aquí, donde admira el ver muchas fundaciones de este género hechas por particulares, sumamente costosas. Los

general de la vida política en Inglaterra es abiertamente negativa, como traslucen numerosas referencias esparcidas por su obra a modo de un goteo constante, por ejemplo en la descripción irónica del Parlamento y sus actividades, la del Guildhall, sede del gobierno municipal, o Mansion House, residencia oficial del *Lord Mayor* (II, pp. 16 y 36-37).

A Ponz, erudito de ideas políticas contenidas en el marco del absolutismo ilustrado y que desarrolló una exitosa carrera al servicio de los proyectos artísticos gubernamentales, la actividad parlamentaria inglesa y, sobre todo, la proyección del debate político, más allá de los cauces institucionales, en los espacios de la opinión pública (clubes, tabernas, la calle misma), en forma de discusiones, pasquines, folletos y caricaturas, se le antojan prácticas desordenadas y peligrosas: “No le diré a V. lo que hay de hosterías, cafés, pastelerías, tabernas y semejantes recintos, donde se come, bebe y conversa con amplia libertad y sin el menor rezelo, en cuyo particular, en el de escribir sátiras y poner todos los días en las puertas de las tiendas de librerías, y otras, estampas ridículas para hacer burla del Ministerio, es en lo que a mi parecer se verifica más la decantada libertad inglesa” (II, p. 70). Particular indignación le suscitan la animosidad social hacia la minoría católica y sus restringidos derechos legales, muestra, a su juicio, de las contradicciones de la tolerancia religiosa, pero también, una vez más, del exceso de libertad: “¡Qué cosas no hace decir en esta tierra el fantasmón de la libertad!” (II, p. 44). Su estancia en Inglaterra coincidió con un periodo de intenso debate político y conflictividad social y religiosa, tras los *Gordon riots* de 1780, el impacto de la guerra de independencia de las Trece Colonias y la crisis constitucional de 1782, cuando la presión de la opinión pública obligó al rey Jorge III a aceptar un gobierno *whig*, acontecimientos que, a su vez, eran signo del descontento contra el elitismo y corrupción del sistema electoral que cuajaría en el radicalismo burgués y popular de las últimas décadas del siglo.

Para Ponz, hombre de orden y representante de un reformismo moderado, el español, que había vivido con enorme inquietud, en un contexto político muy distinto del inglés, los motines de 1766, estas manifestaciones de descontento y debate evocaban el fantasma de la desobediencia al gobierno y la alteración del orden establecido y legítimo. Así, a propósito de las alegorías escultóricas frecuentes en los edificios públicos, ironizó sobre la veneración al “ídolo inglés, esto es, la libertad”, bromeó al describir el manicomio de Moorfields, afirmando que “algunos de los locos han perdido el juicio por cavilar en el común entusiasmo de la libertad”, y, con mayor solemnidad e indignación, censuró “el proceder licencioso, atrevido e insultante del inconsiderable vulgo” (II, pp. 55, 52 y 84). Desde su perspectiva,

ingleses aman con extremo a su patria, de lo qual, y de sus riquezas, han nacido estas ideas benéficas hacia el público” (II, p. 51). También I, pp. 258, 285, 367; II, pp. 57 y 65.

la libertad de expresión y el activismo ejercidos por amplios sectores de la opinión pública inglesa frente al gobierno y a la propia monarquía constituían formas ilegítimas y escandalosas de intrusión del “vulgo” en el debate y las decisiones políticas, en suma, de libertinaje lejano de su concepto de “libertad” moderada y restringida: “Esto lo alaban y aplauden los sectarios de la libertad, pero no los sabios, que entienden hasta donde deben llegar sus límites, pasando los cuales degenera en una licencia opresora de la virtuosa y honesta libertad” (II, p. 90).

El contraste no puede ser más acusado entre la visión de Ponz y el panorama presentado por otro viajero español más joven y de otra orientación política, Leandro Fernández de Moratín, que visitó Inglaterra en 1792, en una coyuntura de intenso debate y agitación bajo el impacto de la revolución francesa, temida por el gobierno Pitt y bienvenida por los círculos del radicalismo ilustrado inglés (Paine, Godwin, Wollstonecraft) como heraldo de la destrucción del corrupto sistema británico. Al contrario que Ponz, Moratín fue testigo admirado de la vitalidad del debate político y la influencia de la opinión pública, expresada a través de las gacetas (cuya proliferación y audacia en las críticas al gobierno le asombraron), de los clubes y asambleas y de una vigorosa producción satírica de panfletos y caricaturas que ni siquiera respetaba a la monarquía. Llegó incluso a asistir a un banquete a favor de la libertad de prensa y en apoyo del demócrata Thomas Paine y su folleto *Derechos del hombre*, prohibido por el gobierno inglés, experiencias de las que dejó constancia en su diario y en las *Apuntaciones sueltas de Inglaterra*.<sup>116</sup> Moratín contemplaba, a diferencia de Ponz, con curiosidad y en parte con simpatía ese movimiento de discusión y participación política que, impulsado por las clases populares y la burguesía media y baja privadas de derechos electorales, desbordaba y cuestionaba los estrechos límites del sistema representativo británico. Hombre de inclinaciones liberales que años después se convertiría en afrancesado y acabaría muriendo en el exilio en Francia en 1828, representa la actitud admirativa que los liberales españoles albergaron hacia la política inglesa y que llevó a muchos de ellos a buscar refugio en Gran Bretaña bajo la reacción absolutista del reinado de Fernando VII.

Desde otras coordenadas políticas, la mirada de Ponz se muestra llena de prevención hacia las “libertades inglesas” y aprueba y admira, en cambio, la cultura clasicista de las clases dirigentes británicas. La identificación con el pasado clásico fue, en efecto, más intensa que en ningún otro país entre la aristocracia inglesa, que se convirtió en la mayor coleccionista europea de antigüedades (como en el caso del conde de Arundel Thomas

<sup>116</sup> Leandro Fernández de Moratín, *Diario (mayo 1786-marzo 1808)*. Edición de René y Mireille Andioc. Madrid, 1968, 19 enero 1793; *Apuntaciones sueltas de Inglaterra*. Barcelona, 1984, pp. 12-18 y 92-95.

Howard, propietario de los célebres mármoles arundelianos), que promovió en sus residencias rurales y urbanas una rica arquitectura inspirada en las formas paladianas o imitadora de ruinas y practicaba como una obligación el viaje a Italia dentro del *Grand Tour*, el itinerario que culminaba la formación intelectual y social de un *gentleman*.<sup>117</sup> Ese profundo clasicismo se expresó en todas las artes y letras: así, los nobles se hacían retratar a guisa de senadores romanos o erigir monumentos funerarios pseudoclásicos (como los de los duques de Argyll y Buckingham en Westminster) y fundaron sociedades arqueológicas.

La intensidad de tal identificación se explica por su profunda raíz política: así, Peter Ayres ha argumentado que “el sentido de una considerable afinidad política con los ideales de la república romana proporcionó al clasicismo británico una autenticidad cultural imposible bajo los absolutismos continentales”.<sup>118</sup> Identificándose con los ideales políticos y formas estéticas de la Antigüedad, la nobleza y la *gentry* inglesas trataron de revestirse de dignidad por contraposición a la imagen corrupta de la aristocracia de la Restauración, justificando y fortaleciendo así el sistema constitucional fijado en 1689, tanto frente a las pretensiones jacobitas de restaurar el viejo orden como frente a la tradición política republicana que, nacida de la revolución de 1640, se constituyó en una alternativa radical al parlamentarismo hanoveriano. El clasicismo artístico y literario fue así, en cierta medida, la expresión del *establishment* británico, pero también un lenguaje cultural del que se sirvieron los círculos ilustrados radicales, acentuando su severo componente moral de republicanismo cívico como instrumento de crítica política contra el elitismo y corrupción del sistema.<sup>119</sup>

Ponz y otros eruditos españoles como Mayans, que mantuvieron relaciones con hombres de letras ingleses, a través de sus viajes o su correspondencia, fueron ajenos a las profundas implicaciones políticas del clasicismo inglés y conectaron más bien con su dimensión erudita o artística. En la república europea de las letras en el siglo XVIII, ese fue un terreno de encuentro entre eruditos adscritos a la tradición humanística, en un tiempo en el que los desarrollos del pensamiento ilustrado empujaban ya hacia otros derroteros.

<sup>117</sup> Jeremy Black, *The Grand Tour in the Eighteenth Century*. Phoenix Mill, 1992.

<sup>118</sup> Peter Ayres, *Classical culture and the idea of Rome in eighteenth-century England*. Cambridge-Nueva York-Melbourne, 1997.

<sup>119</sup> John G. A. Pocock, *Virtue, Commerce, and History: essays on political thought and history, chiefly in the eighteenth century*. Cambridge, 1985. J. G. A. Pocock, Gordon Schrochet y Lois G. Schworer (eds.), *The Varieties of British Political Thought, 1500-1800*. Cambridge, 1996.